

NOCHES DE INSOMNIO EN HOLLYWOOD



RALPH BARBY

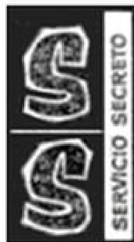
SS SERVICIO SECRETO



RALPH BARBY

NOCHES DE INSOMNIO EN HOLLYWOOD

Colección **SERVICIO SECRETO nº 989**
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES
CARACAS – MÉXICO – RÍO DE JANEIRO

Depósito Legal B 20.799 — 1969
Impreso en España — Printed in Spain
1.ª edición: julio, 1969

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:
547 — La charca del sapo.
En Colección KANSAS:
581 — Cásate y que te entierren.
En Colección CALIFORNIA:
661 — La muerte galopaba sin freno.
En Colección BRAVO OESTE:
433 — Manantial de sangre.
En Colección SERVICIO SECRETO:
984 — Cazador de hampones.
En Colección SALVAJE TEXAS:
688 — Duro y frío como el diamante.
En Colección PUNTO ROJO:
375 — Diamantes indigestos.
En Colección ASES DEL OESTE:
509 — Más fuerte que la sangre.
En Colección BISONTE:
1106 — El futuro no es de los cobardes.
En Colección BÚFALO:
779 — Las manos sucias de sangre.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

La mano llevó el vaso a la boca y el whisky pasó a través de ella.

—Timothy, cárgalo a mi cuenta.

El *barman*, encargado de la barra en el Zodiac Club, alzó la mano en señal de aprobación.

—De acuerdo, Last.

Abandonó el taburete y se dirigió hacia una puerta sin poder impedir que tres de las chicas que trabajaban en el local trataran de retenerle.

—Cariño, estoy a punto de olvidar cómo eres —le dijo la más ardorosa.

—Vaya, creí que era inolvidable. Cualquier día de estos tendré que refrescarte la memoria.

Le dio un beso por cumplir, y siguió su camino topándose con Mimí, la estrella cumbre del Zodiac. Era alta, de largos cabellos rojos. Llevaba muchas y coloridas plumas sobre su cabeza.

—Last, enseguida termino mi número —le susurró.

—Mi tiempo ha acabado por hoy, cariño.

—No me digas que te vas a dormir…

John Last, alto, varonil, de rasgos duros, ojos ligeramente cínicos y cabellos lacios y abundantes color platino, contuvo un bostezo.

—Mimí, tengo mucho, pero que mucho sueño. Si no es por el trabajo, por culpa vuestra, pero me paso muchas noches en blanco y ya es hora de que duerma a pierna suelta. Lo siento, Mimí.

Se despidió de la bella y bien redondeada Mimí.

Se introdujo en el camerín del ascensor y pulsando el botón correspondiente comenzó a descender hacia el garaje subterráneo mientras bostezaba de nuevo.

Aquella noche, su mejor amiga sería la cama, pura y simplemente.

El parking era muy grande y sin embargo estaba casi abarrotado de grandes automóviles. No en vano Los Ángeles era una de las ciudades con mayor densidad de vehículos.

Fue en busca de su «Ford-Cooper» de cinco litros, capaz de rebasar los doscientos kilómetros hora en rectas despejadas y que le había sacado de dificultades más de una vez con su endiablada velocidad.

Era fácil identificarlo entre los demás coches por su color blanco total.

Antes de abrir la portezuela se detuvo. Sacó un cigarrillo y tras colocárselo entre los labios le prendió fuego con su mechero. Aspiraba el aromático humo cuando:

—Síganos, Last.

Aquellos dos sujetos con aire de matones debían haber estado esperándole agazapados entre los coches allí aparcados, pues no los había visto antes.

Sin pestañear, los miró y preguntó:

—¿Y adonde tengo que seguirlos?

—No nos busque problemas, Last. El *boss* desea verle —gruñó el más bajo de los dos.

El otro, más alto y delgado, de dientes prominentes y mirada casi neurótica, le puso el cañón de su «Luger» junto a la oreja.

—Tienen ustedes argumentos muy convincentes.

—Vamos a nuestro coche.

—¿Y quién es su jefe? —inquirió empezando a caminar despreocupado pese al revólver que llevaba pegado al oído.

—Lo sabrá cuando lleguemos —replicó el que parecía llevar la voz cantante.

—Una lástima, porque soy muy curioso —gruñó Last.

El cigarrillo quedó sujetado por los labios y su diestra asió la mano armada del matón.

Exponiéndose a ser obsequiado con un hermoso túnel en su propio cráneo, elaborado con una bala del 38, Last volteó al tipo por encima de él, estrellándolo contra el portaequipajes del coche más cercano.

Aparte del crujir del chasis, se escuchó un ruido muy raro que el propio interesado no pudo descifrar por pasar al mundo de los sueños.

—Estúpido —increpó el sujeto más bajo llevándose la mano a la sobaquera con rapidez.

—No tan aprisa —contuvo Last.

Aquel individuo no tuvo tiempo de empuñar su automática y sí hubo de encajar un puntapié en el estómago que le obligó a doblarse. Luego, las manos de Last, entrecruzadas, le golpearon la barbilla despegándole los pies del cemento que cubría el parking.

—El que os ha enviado no es muy listo confiando en vosotros —dijo con sorna.

Se inclinó sobre el hampón, desarmándolo. Sin embargo, el tipo en cuestión parecía muy resistente y dio un planchazo con el pie derecho sobre el plexo solar de Last, enviándolo unas yardas más lejos.

Pese a estar grueso, el hampón demostró tener agilidad. Saltó de cuclillas y echó a correr con evidentes intenciones de alcanzar su coche y desaparecer.

Last tenía en su mano el arma, más no quiso disparar contra el fugitivo. Echó a correr tras él cuando este ya abría la portezuela de su coche y se ponía frente al volante.

Para desgracia del hampón, la ventanilla estaba abierta y Last introdujo su mano por ella, asiéndolo por el cuello.

Sin embargo, el individuo consiguió poner el contacto y el coche comenzó a roncar y a moverse.

—Anda, acelera y te quedas sin cuero cabelludo.

El tipo profirió un grito de dolor viéndose impotente para soltarse, pues

ya tenía toda la cabeza materialmente fuera de la ventanilla y con una mano no podía luchar por tener la portezuela entre ambos.

—¡No me hagas nada, no queríamos pasearte!

—Hum, es un consuelo saber que no iba a aparecer flotando en el muelle y dentro de un saco.

—No, no te íbamos a liquidar.

—Ya lo has dicho —advirtió tirándole del pelo con algo más de fuerza para demostrar a aquel tipo que quien controlaba la situación era él.

—El *boss* solo quería verte, nos ha ordenado que te lleváramos.

—¿Quién es el *boss?*

Como quiera que aquel tipo se resistiera a hablar, Last presionó un poco más y las lágrimas saltaron de sus ojos.

—El Sing-Sing.

—Vaya con el sonajero —masculló Last—. No hace falta que me hables más de él.

—Yo puedo llevarte. El *boss* quiere verte.

—Gracias. Sé ir solo y me molesta que me coloquen una pistola en el cráneo. Ahora amigo, como has sudado un poco y veo que estás llorando, será mejor que duermas un poco.

—¡Eh! —exclamó.

La diestra de Last, con un movimiento calculado, propio de un maestro de kárate, bajó sobre la base del cráneo de aquel indeseable y este quedó inconsciente.

Last lo empujó hacia el interior del automóvil dejándolo tendido en el asiento.

—Sueña con los angelitos, amigo. Peor estarías en la sala de recepción del infierno.

Retrocedió hasta su níveo «Ford-Cooper» y al pasar junto al que se había estrellado contra el portamaletas de un coche, comprobó que vivía y que solo estaba dormido por un rato.

Lo empujó entre dos autos, para que su presencia no resultara demasiado escandalosa, y se arregló la chaqueta ligeramente.

Prendió fuego a un nuevo pitillo, ya que el anterior había resultado algo deteriorado, y se puso en marcha.

Seven-Homan Street no era una calle muy acogedora y menos el barrio en que estaba ubicada.

Last frenó silenciosamente. Conocía bien Los Ángeles, desde su espacio aéreo hasta el dédalo de colectores que perforaban el subsuelo de la ciudad, pues más de una vez se había visto metido en líos dentro de las cloacas.

El antro de billares al que se dirigió apestaba a tabaco malo y la ropa cara de Last destacó entre aquellos aficionados a las bolas, taco y tapiz.

Se sintió observado con hostilidad. Muchachos jóvenes en camisa, tipos

mascando tabaco y sudados. Afuera hacía calor pero allí dentro era como meterse en unos baños de vapor.

Las luces que manaban de las lámparas colgadas sobre los billares aparecían tapizadas por el humo que, flotando, semejaba estático, pues no había corriente de aire que lo moviera.

Pasó entre aquella gente sin importarle demasiado su silenciosa hostilidad. Seguro de adónde iba, enfiló sus pasos hacia una sucia cortina junto a la cual había un rótulo muy visible en el que podía leerse:

«AQUÍ NO ES EL WC».

Al empujar aquella cortina que un día fuera de terciopelo y que ahora era de un color indescriptible, un hombre bajo, en mangas de camisa y sombrero con ala inclinada sobre sus ojos le interpeló:

—¿Ha leído el letrero, amigo? —inquirió señalando con el pulgar hacia el singular rótulo.

—Sí. De querer ir adonde dice que aquí no es, habría ido a tu habitación, ¿comprendido?

Aquel tipo debía haber encajado muchos insultos en su vida, pero aquel no le cayó bien y sus mejillas enrojecieron.

—¿Qué ha dicho?

—Que voy a ver a un amigo y no me agradan los inoportunos.

Last alzó su diestra y retorció la nariz de aquel sujeto.

El cuidador de la puerta que se escondía tras la cortina, soltó un chillido similar al que podía lanzar un cerdo al ser conducido al matadero.

Los presentes dejaron de jugar pero no intervinieron al ver aparecer a dos hombres por la cortina.

—¿Qué ocurre aquí?

—Nada —respondió Last soltando al tipo del sombrero—. Sólo probaba si este sujeto tenía bien la bocina y por lo visto ha sonado fuerte.

Los dos individuos que acababan de aparecer, casi tan altos como Last, se miraron indecisos, sin saber qué actitud adoptar ante aquel cínico.

—¿Qué pasa ahí afuera? —inquirió una voz tajante y cascada desde el otro lado de la cortina.

—Nada, solo que ha llegado Last —dijo el propio John Last presentándose.

—Que pase —ordenó la voz.

Los dos sujetos se hicieron a un lado.

Last cruzó la cortina y luego una puerta, introduciéndose al fin en una pequeña sala privada en la que se centraba un billar grande y mejor cuidado que los que estaban asequibles al público.

Al fondo había una tarima y una doble *fila de* asientos desde los cuales podía contemplar la partida. En dichos asientos había cuatro tipos distintos

con respecto al modo de vestir y anatómicamente hablando, pero tenían una cosa en común: Todos eran hampones de más o menos edad.

Junto al billar, con un taco en la mano, a través de sus gafas de cristal redondo y oscuro, John Last descubrió a un sesentón vestido con una elegancia algo pasada de moda.

Pese al calor, cubría su cabeza con un sombrero.

—Conque usted es Last, ¿eh? —inquirió observándolo atentamente.

El recién llegado tomó uno de los tacos apoyados contra la pared. Apuntó a una de las bolas y taqueó haciendo desaparecer tres de las esferas de marfil en los respectivos agujeros. Luego respondió:

—Sí, soy Last y me sonroja que un tipo como usted no me haya visto antes. En cambio, yo sí sé algo de su biografía, Sing-Sing.

Last se abstuvo de llamarle sonajero, pues hallándose en la propia guarida de aquel *gangster* con seis de sus matones rodeándole, no podía ser beneficioso para su salud.

—Parece que viene solo —preguntó más que observó el *gangster,* sin quitarle los ojos de encima.

—Si se refiere a los dos tipos que envió para que me trajeran aquí, he de decirle que no me han podido acompañar. Se han dormido. Por lo visto son demasiado *babys* y el salir de noche les produce sueño.

—Habla como un perdonavidas.

—No las perdono, simplemente que no me agrada que me coloquen una pistola en la sesera. Me he visto obligado a zurrarles. Luego, he venido para aquí.

—¿Sólo se han quedado dormidos?

—No tendrá que gastar dinero en flores —hizo una pausa y añadió con fría sonrisa—: todavía.

—Está muy seguro de sí mismo, Last.

—Y seguro que eso no le gusta.

El tal Sing-Sing, mote que se había ganado a pulso tras pasar quince años en dicha penitenciaría, se inclinó para seguir jugando mientras respondía:

—Se equivoca, Last, usted me ha caído bien. De ser conducido aquí como un conejo, me hubiera decepcionado.

—Creo que será mejor que vaya al grano. Tengo sueño y no deseo pasar la noche haciendo demostraciones.

Sing-Sing chasqueó los dedos dos veces consecutivas. Sus matones, con andares perezosos, abandonaron la sala dejándolos solos.

—¿Confía en mí?

—Si no confiara no haría salir a mis hombres, lo cual no quiere decir que si me sucediera algo malo usted saliera vivo de aquí.

—Vamos, vamos, Sing-Sing. Usted, que es de la vieja época, de los felices treinta, sabe perfectamente que si usted cayera aquí dentro, esas

ratas que tiene afuera esperando se largarían en busca de nueva sombra bajo la cual seguir viviendo.

—Me cargan los tipos de ahora porque son…

—¿Demasiado listos? —Tras decir esto, hizo una tacada que dejó pequeña la que el *gangster* realizara anteriormente.

—Tengo un asunto que proponerle.

—Pues adelante, el diálogo está de moda. Si no nos ponemos de acuerdo, buenas noches y hasta mañana.

—Deje de hacer el gracioso y atiéndame. Los dos estamos metidos en un lío común.

—Vaya, eso sí es nuevo para mí. Ignoraba que tuviera por compañero de trabajo a Sing-Sing.

—No tolera que se burle de mí. Sabe que puedo hacer que mis muchachos partan hasta el último de sus huesos y si conseguían componerle tendría muchos dolores reumáticos en su vejez, si es que llegaba a ella, claro; sería demasiado optimismo.

—Y aparte de amenazarme, ¿qué más tiene que decirme, Sing-Sing?

—Deje de llamarme Sing-Sing, me está cargando.

—Creí que congeniábamos.

El *gangster* respiró hondo para contenerse. Por su parte, lo que Last estaba haciendo era probar la paciencia del *gangster*.

Si después de lo que le estaba haciendo no mandaba propinarle una paliza como había prometido, es que le interesaba y mucho.

—Last, usted es el investigador privado de la California Men Company, una empresa muy importante de seguros.

—Veo que su ficha está correcta. ¿Qué más? Aún no veo qué es lo que hay de común entre ambos.

—Me explicaré. Su compañía de seguros protege con sus pólizas a algunas productoras cinematográficas.

—Es cierto.

—También protege concretamente a filmes cuyas pólizas expiran cuando el rodaje se da por terminado. Es una forma de proteger el rodaje de la película, desde las inclemencias del tiempo hasta la gripe de la primera actriz.

—Cierto. Es tan beneficioso para los que contratan las pólizas como para la California Men Company. Hasta aquí, no veo nada de particular.

—Su compañía también contrata pólizas individuales a favor de los actores y actrices que intervienen en la película contra posibles accidentes, rotura de piernas, enfermedades y hasta la suspensión del empleo por discutir con el director o el productor.

—En efecto.

—Voy a poner las cartas boca arriba, Last, pero si lo hago no conciba ilusiones de apuntarse un éxito a costa mía.

—¿Va a contarme cómo gana su plata?

—Algo de eso. Ya le he advertido que sería inútil buscar pruebas contra mí. De todos modos, en cuanto viera que es un estorbo para mí, lo eliminaría.

—A eso le llamo yo hablar claro.

—Last, yo hago algo semejante a su compañía de seguros. También cobro ciertos emolumentos porque los actores y actrices no sufran accidentes. Mi negocio es algo más pequeño que el de una compañía de seguros, pero da para vivir.

—A usted y a sus secuaces. Vaya *racketero.* Creí que su especie estaba extinguida en nuestro país.

Sing-Sing sonrió suficiente y dijo sin rubor:

—En mis tiempos, cuando Capone, Morán y otros, este negocio que yo llevo ahora era mucho más productivo. Toda la ciudad pagaba. Quizá por excesiva ambición se desmoronó todo. Yo soy más modesto y llevo bien mis asuntos.

Las lanzó un suspiro, mezcla de suelo y resignación.

Sonrió fríamente y arguyó:

—Lo siento por usted Sing-Sing, pero si algún día se tropieza en mi camino tendré que enviarlo de nuevo a la cárcel; su negocio no me agrada.

—Espero que no nos enfrentemos, Last. Soy viejo ya y dicen que los viejos las sabemos todas. No extendamos nuestra charla y resumamos: tengo un problema.

—Y quiere que yo se lo resuelva. Si quiere, voy a la poli y les digo que usted...

—No sea sardónico. Si yo no puedo solucionar el problema, mi negocio se resentirá, pero su compañía pagará cincuenta mil dólares.

John Last parpadeó por primera vez tras sus gafas oscuras y redondas. Cincuenta mil dólares era una cifra considerable.

—¿Cómo ha dicho?

—Que si no solucionamos este problema, la compañía California Men tendrá que abonar cincuenta mil dólares, y eso puede que solo sea el principio.

—Parece muy seguro de ello.

—Completamente.

—Me parece que empiezo a comprender. Uno de sus extorsionados tiene problemas.

—Yo no emplearía la palabra extorsión, solo protección. Es como una póliza de seguros, no lo olvide.

—Sí, una póliza de seguros contra el daño que puede causarle usted mismo.

—Es usted muy intuitivo —replicó con cinismo Sing-Sing.

—Sospecho que el hombre en cuestión también tiene una póliza con la

California Men.

—Exacto. Una póliza por cincuenta mil dólares.

—¿Cuál es el nombre del problema?

—Burt Adams, segundo actor del filme que está rodando la productora Ward Color Pictures.

—Lo conozco.

—Pues bien, o paga veinticinco mil dólares en efectivo o lo aniquilan para el mundo del celuloide y tanto usted como yo tenemos que protegerlo, si no por humanidad, sí por dinero. Ambos tenemos qué perder.

John Last comprendió que Sing-Sing estaba en lo cierto.

Burt Adams estaba en peligro, pero lo que le molestaba es que el *gangster* pudiera exigirles aquel trabajo en su propio beneficio.

—De acuerdo, Sing-Sing, consultaré con los ejecutivos de la California Men Company, pero antes cuénteme algo más sobre Burt Adams y sus negocios con usted.

—De acuerdo, pero nada a la policía, recuérdelo.

Y disparó una nueva tacada, esta vez con más suerte que las anteriores.

CAPÍTULO II

Cliff J. Monagan, director general de la California Men Company, cruzó sus manos sobre la mesa tras escuchar el relato de John Last.

—¿Qué opina de todo esto, diré?

—Que ese tipo apodado Sing-Sing quiere crearnos problemas. Puede tratar de desprestigiar nuestros seguros, nuestras pólizas.

—¿De qué modo? —inquirió Last arrellanándose en lujoso y aerodinámico sillón del amplio despacho.

—Por lo visto, usted ha creído a ese *gangster* al que debieran haber mantenido recluido en prisión hasta el fin de sus días.

—Diré, si Sing-Sing no se sintiera abrumado por el problema que le han planteado, jamás me hubiera contado nada del *racket* que hace a actrices y actores.

—Parece increíble que en nuestros días aún sucedan hechos tan repugnantes.

—En nuestros días todavía funcionan la Mafia, los sindicatos del crimen y otras organizaciones menores que por su bien procuran no pisar el terreno a las grandes. Sing-Sing es un pez voraz, pero pequeño comparado con las grandes organizaciones.

—Si se ofrece a proteger y cobra por ello, ¿por qué no soluciona sus problemas cuando se presentan?

—Sing-Sing es más astuto de lo que parece. Él ha dado toda clase de garantías a su víctima Burt Adams.

—Un actor bueno en el teatro, pero que en el mundo del cine nunca ha pasado de segundón.

—Sí y en Hollywood, aunque se crea lo contrario, es muy difícil encontrar un empleo que no sea de figurante. Luego, cuando se obtiene el puesto, hay que pagar la contribución al Estado, los tantos por cientos a los *managers,* la publicidad extra a los periodistas, organizar fiestas, etcétera. Sólo les falta un *racketero* como Sing-Sing para que su economía se venga abajo.

—Y no se olvide de nuestras pólizas —dijo Monagan burlón—. Son elevadas cuando solo acogen un filme.

—Bien, diré —insistió con esta denominación, pues aunque a Monagan le molestaba se había acostumbrado un tanto a aguantar sus impertinencias—. Como le decía, Sing-Sing es un hombre astuto. Ha recibido a Burt Adams y ha escuchado pacientemente sus quejas. Con lógica, ha prometido ayudarle.

—¿Y por qué Burt Adams no ha acudido a la policía para que le proteja contra esta extorsión? Los agentes de la ley están para algo, creo yo.

—Según Sing-Sing, todos tenemos algo sucio que ocultar y Burt Adams,

como muchos otros, prefiere que la policía no meta las narices en sus asuntos. Como después de todo paga a Sing-Sing, ha exigido que este le proteja.

—Y como ese *gangster* cobra de los demás actores y actrices su tanto por ciento, ha puesto en funcionamiento a sus matones.

—En efecto. Ha designado a dos de sus secuaces para que custodien a Burt Adams contra cualquier contingencia mientras dura este problema.

—Sí, un par de matones que se dejarán ver para influir en los demás extorsionados. Así verán que Sing-Sing cuida y mima a sus víctimas, protegiéndolas como promete.

—Eso es, diré.

—¡Diablos, llámeme Monagan de una vez! Eso de diré me fastidia.

—De acuerdo diré —repitió impasible—. Si a Burt Adams le ocurre algo malo, Sing-Sing perderá prestigio y quizá algunas víctimas ya no lo considerarán suficiente coco ante la aparición de uno nuevo y más peligroso, Usted, su compañía, perderá cincuenta mil dólares de la póliza de seguros que tiene contratada Burt Adams.

—Sí, y eso ya empieza a inquietarme después de que usted me está calentando la cabeza con este asunto.

—Lo malo será cuando la víctima sea un primer actor o una primera actriz. La póliza subirá bastante más y los golpes a la economía de la California Men Company serán más fuertes.

—Veo que está muy interesado en investigar, Last.

—Opino que este asunto no acabará con la conversación que mantuve con Sing-Sing ni la que mantengo ahora con usted, diré.

—A mí me parece que Sing-Sing le ha creado la psicosis de investigación para que le ayude en sus sucios negocios.

—No lo dude, diré, eso es exactamente lo que ha hecho. Sing-Sing está muy preocupado aunque no lo exterioriza. Lo que más teme él es que otra organización le haya pisado el terreno. Si quienes han amenazado a Burt Adams son más fuertes que él, tendrá que abandonar el campo y perder lo que tanto le ha costado conseguir. Él es un pez voraz, pero teme que haya entrado una manada de tiburones que van a desplazarlo so pena de ser él devorado también.

—Comprendo. Lo que él trata de averiguar es si quien está extorsionando a Burt Adams es poderoso o no.

—Lo que más desearía Sing-Sing es que fuera un extorsionador solitario al que poder dar una lección después de atraparlo. Eso le haría quedar muy bien delante de sus víctimas, quienes pensarían que, después de todo, vale la pena pagar el *racket* si se sienten protegidos.

—Pero prefiere que investigue usted por si se topa de narices con un gran tiburón.

—Exacto.

—Y sabiéndolo, ¿pretende arriesgarse a ser usted quien tropiece con el gran tiburón?

—Me gusta arriesgarme, es mi *hobby,* claro que yo no me meto en líos por amor al arte.

—¿Intenta presionarme para que le dé una prima especial si resuelve este casó a la compañía?

—Si he de darme de narices con un tiburón de grandes y afilados dientes…

—Lo lamento, Last. Quien se ha metido en este lío de lleno ha sido usted sin que nosotros le hayamos comisionado.

—Pero pueden perder cincuenta mil dólares.

Ante la advertencia de Last, el director general de la compañía aseguradora sonrió con ligero cinismo y respondió:

—Como el caso, después de todo, parece que tiene cierto interés, le comisionamos, pero como puede tratarse de una simple y falsa alarma, solo tendrá la prima estipulada para un choque de automóviles sin muertos. Una investigación sencillita.

—Diablos, eso es la prima mínima que pueden darme, no tendré ni para tabaco.

—Vamos, Last, no sea llorón, que buenos pellizcos le cuestan a la compañía sus investigaciones, lo que no es óbice para que sus trabajos siempre resulten buenos y a la larga, la compañía salga beneficiada.

—Está bien, de acuerdo, acepto la prima mínima por comisión en esta investigación, pero si la cosa se complica, quizá luego les interese subirme la prima al máximo para que resuelva el asunto.

Con ligera soma, el director general preguntó:

—¿Pretende ser profeta?

—Veremos quién ríe más cuando tengan que abonar cincuenta de s grandes por la póliza contratada con Burt Adams.

Sin decir más, se levantó y abandonó el despacho del director de la California Men Company.

John Last estaba seguro de que aquella investigación ocasionaría problemas. Cuando él se metía de lleno en una averiguación era como entrar en un polvorín de la Armada con un cigarro encendido. Todo saltaba por los aires.

CAPÍTULO III

Alice Hoe era esbelta. Ceñidas sus largas piernas por unos cómodos pantalones y una camisola con las puntas anudadas sobre su cintura, estaba muy atractiva.

El eterno y gran bloc de notas en su mano y el bolígrafo cruzado con la montura de las grandes gafas, la convertían en una magnífica ayudante de dirección para la productora Ward Color Pictures.

Estaba convencida de que aquella película que se estaba filmando con ambiente ochocentista y los espectros propios de la época, sería una más en la producción hollywoodense. El presupuesto había sido corto y el director se mesaba los cabellos antes de comenzar a dar gritos, pues todo no marchaba como era de desear.

Alice caminó por los grandes platos, entre las falsas edificaciones de cartón piedra que, sin embargo, semejaban reales, como si anduviera por su habitación de niña repleta de juguetes.

Conocía muy bien aquel falso mundo de cartón piedra, muñecos de artificio y juegos de luces y trampas que luego resultaban fascinantes para el espectador que visionaba las películas.

Se dispuso a revisar los últimos detalles del palacete construido en una de las explanadas del recinto de la productora, un palacete que al terminar la película sería demolido totalmente y aprovechados sus soportes y bastidores para una nueva producción que, como aquella, tuviera que realizarse con un presupuesto bajo.

Aquel tipo filmes no eran otra cosa que subproductos de grandes producciones rodadas con anterioridad, en las que se había gastado mucho dinero en decorados y vestuario. Todo ello trataba de aprovecharse realizando producciones como la que se estaba rodando en aquellos momentos, a muy bajo costo.

Fuera del palacete era de día, pero en el interior del mismo parecía de noche, ya que puertas y ventanas estaban trucadas para dar tal impresión.

A Alice, tan metida en aquel mundo de artificio, no dejaba de asombrarle que mientras por la explanada había tanto ajetreo y gente arriba y abajo, vestidos unos de soldados yanquis y otros de *gangsters* de los años veinte, allí dentro del palacete, preparado ya para rodar, hubiera tanto silencio y sensación de soledad. Era como pasar de un mundo a otro muy distinto con solo atravesar una puerta.

Un sonoro reloj de pared, con su monótono tic-tac, le llamó la atención. Se hallaba en lo alto de la escalinata, entre dos puertas. Para la escena que iba a rodarse debía marcar las once, y en cambio su saeta horaria estaba en las tres.

—Vaya, por poco se me pasa por alto.

Subió las amplias y alfombradas escalinatas pasando junto a una armadura. Pese a los focos que, aunque apagados, rompían el encanto y sabor del lugar, Alice sintió un ligero escalofrío.

Tuvo la impresión de no hallarse sola y de que unos ojos ocultos la vigilaban.

Se dijo que aquello no tenía importancia, que podía ser cualquier electricista ultimando los detalles para los efectos de relámpagos o los ventiladores que habían de azotar los cortinajes.

—Creo que el decorador ha hecho un excelente trabajo con este material aprovechado de un filme ruso. El público se meterá de lleno en la historia con este ambiente tan logrado. Pese a lo que digan, las películas de terror gustan y mucho.

Se situó frente al gran reloj de péndulo. Abrió el cristal que protegía caja, péndulo y esfera, y con la mano comenzó a mover la saeta para colocarla cerca de las once

Estaba abstraída en su trabajo cuando, lentamente, comenzó a abrirse la puerta situada a la izquierda del reloj.

La sensación de ser observada se convirtió en algo real, tangible. Una respiración anormal, agitada, más propia de una bestia que de una persona, llegó claramente hasta sus oídos.

Volvió su rostro con rapidez y sufrió la desagradable sorpresa de ver junto a ella a un gran gorila vestido de hombre y con manos humanas o a un hombre con cabeza de gorila. La observaba de modo obsesivo.

Alice disparó su pie derecho con tanta precisión que pronto el espectro recién aparecido comenzó a saltar sobre uno de sus pies, mientras sus manos sostenían la tibia dolorida y lanzaba sordos quejidos.

—No me gustan las bromas pesadas —advirtió retadora, poniéndose en jarras sin amilanarse ante el aspecto monstruoso del aparecido.

Cuando cesó en sus quejas, el hombre se quitó la máscara gorilesca y Alice lo reconoció en el acto.

—¡Last! Pero, ¿qué diablos hacías con esa careta puesta?

—Sólo quería bromear contigo —le dijo él—, pero me he llevado mi merecido por tratar de asustar a la mujer con la cabeza más firme que he conocido jamás. Sé de otras que se hubieran puesto histéricas y aún estarían chillando. Pero Alice la sensata, no grita, no pide auxilio. Te da una patada y listos.

Ella se le acercó conciliadora, pasándole la mano por el brazo y el hombro.

—Disculpa, Last. Ignoraba que fueras tú. Creí que era una de los figurantes. A veces se ponen muy pesados. Tratan de destacar y no reparan en los medios para conseguirlo. Según ellos, todos son grandes figuras y solo necesitan ser descubiertos.

—Pero el firmamento ya debe estar muy poblado de estrellas —opinó

John Last mientras sacaba de su bolsillo las gafas de cristales redondos separados por un enlace de platino que montaba sobre la nariz.

—Exacto. Hay muchas estrellas, y para serlo ahora no basta con ser bueno, hay que tener…

—Buena estrella —agregó Last jugando con las mismas palabras.

—Sí. Por cierto, ¿qué haces aquí?

—He venido a ver cómo trabaja la adorable Alice. Me agrada ver cómo se unen tus gritos a los de Sullivan y dais conciertos de broncas a todos los actores y figurantes.

—Hay pocos figurantes en este filme, el reparto es escaso. —Suspiró y tras hacer una pausa miró a Last con picardía y dijo—: Me parece que tú has venido a ver muy de cerca a Raquel Pinch.

—¿Raquel Pinch? —Se hizo el sorprendido mirando hacia el techo—. ¿Trabaja aquí?

—Canalla —acusó sonriendo—. Según las opiniones masculinas que yo oigo por aquí, Raquel Pinch es una mujer muy exuberante.

—¿Y tú qué opinas?

—Que es muy fotogénica y que a los espectadores les gusta mucho verla, lo mismo de frente que de perfil y no precisamente por su rostro.

Last carraspeó.

—Créeme que Raquel Pinch no es mi tipo.

—Si no te conociera me tragaría el rollo, pero sabiendo de tu cinismo y tu afición femenina, no vas a tomarme el pelo lo mismo que cuando te has presentado con la cara de gorila que a buen seguro será el espejo de tu alma.

—Eres un poco dura conmigo —reprendió él.

—No me vengas con el cuento de que te criaron con biberón y que el psiquiatra, para tu frustración, te ha recomendado la proximidad de Raquel Pinch.

—Cariño, pero si tú estás pero que muy bien dotada aunque trates de disimularlo con esa amplia camisa que llevas.

Mientras decía las últimas palabras, Last cerró sus manos tras la cintura de la chica, abrazándola ligeramente mientras ella lo insultaba.

—Canalla, sinvergüenza, cínico…

Last se dijo que el suave aliento de la fémina resultaba embriagador y ya rozaba la boca color cereza cuando una nueva patada en la espinilla le obligó a saltar dolorosamente.

—¿Qué creías, que soy una incauta como las que vas seduciendo por ahí? Vamos Last, que me paso diez horas diarias en este mundo del celuloide donde entre bastidores siempre está ocurriendo lo mismo que tú tratabas de hacer conmigo. Muchas *starlets* se dejan seducir por un simple papelito en el que puedan decir «buenos días» o salir en bikini para exhibir sus doradas anatomías.

Last resopló.

—Menos mal que no he llegado a besarte.

—¿Menos mal por qué? —preguntó ahora perpleja la ayudante de dirección.

—Porque me hubiera hecho el efecto de que besaba a una bella mula que no cesa de dar coces.

Siempre que se tropezaba con Alice Hoe, Last terminaba peleándose con ella como si llevaran un par de años casados el hombre se decía que aquello resultaba muy peligroso.

Alice no era mujer de una noche y él lo sabía. Las chicas como ella terminaban por casarse y convertir a los hombres en padres de adorables pero revoltosos retoños y Last prefería vivir tranquilo muchos años luchando contra el imperio del crimen.

Iba ya la muchacha a replicar algo a la impertinencia del hombre como lo hubiera hecho una novia molesta o una esposa ofendida, cuando se abrió la puerta de aquel siniestro palacete al que solo faltaban los monstruos en plena danza.

Apareció un hombre de mediana estatura, calvo y en mangas de camisa que gritaba como un energúmeno.

—¡Aliceeeee!

—Ahí tenemos a Sullivan, será mejor que te esfumes. No le gustan los mirones, a no ser que sean los reporteros gráficos de alguna revista de gran tirada.

La pareja descendió por la gran escalinata hasta llegar al enfurruñado director del filme que tenía el guion de la película apretado bajo su brazo.

—Sullivan, todo está preparado para el rodaje de la escena. Se pueden realizar un par de ensayos con los actores y para que los cámaras busquen los enfoques, y antes de un par de horas se podrá rodar con cinta virgen.

Sullivan no escuchaba a su bella ayudante. Se había quedado mirando con actitud interrogante al hombre de gafas redondas, cabellos muy rubios, casi platinados, y aire cínico que acompañaba a Alice.

—Me llamo Last y trabajo para la aseguradora California Men Company. El señor Monagan me ha pedido que me diera una vuelta por aquí para comprobar si todo está en orden y si toman ustedes las medidas oportunas para evitar incendios o accidentes en general.

—¿Es usted inspector?

John Last mostró sus credenciales de la compañía de seguros.

—De acuerdo, quédese por aquí, pero no me maree a la gente y menos ahora que estamos a punto de rodar una escena de este rollo que se hace interminable. Parece que la maldición se haya cebado en él.

Alice preguntó:

—¿Llamo a la gente para que ocupe sus puestos?

—Sí, por supuesto. Hoy no come nadie hasta que se haya rodado la

escena. Raquel da esperanzas a Sterling y este se marcha apareciendo Burt acto seguido entre diabólicas carcajadas.

Alice asintió con la cabeza y en pocos minutos llamó y distribuyó a los actores y empleados.

Los focos se encenderán, los *cameramen* se colocaron tras los objetivos y Raquel Pinch se les acercó clavando sus ojos grandes y oscuros en el rostro viril de Last.

—Hola, no te conozco.

—Se llama Last —presentó Alice con desgana, como si no le importara lo que ocurría a su alrededor al tiempo que apuntaba algo en su bloc.

—Eres guapo —dijo directamente la estrella que vestía falda hasta los pies—. ¿Buscas empleo en el cine?

—No, solo soy y muy satisfecho por ello, un detective privado de la compañía aseguradora donde su hermosa anatomía tiene suscrita una póliza.

—Entonces, ¿has venido a protegerme? —preguntó mirándolo intensamente mientras Alice se hacía la desentendida, pero no cesaba de vigilarlos de reojo.

—Algo así. La California Men Company se preocupa por sus asegurados.

—Creí que las aseguradoras se preocupaban de sus asociados cuando ya había ocurrido el percance.

—Pues nuestra compañía no. Se cuida antes.

—¿Y por qué?

—Porque si les ocurriera algo, la compañía debería desembolsar muchos y buenos dólares. En realidad, más que por sus asegurados, mira por su economía sus propios intereses.

—Eso es hablar claro. Me gustas, quizá hasta me case contigo. —Y lo besó ante el gesto enfurruñado de Alice—. Luego nos vemos en mi camerino. Debes cuidarme más de cerca —le dijo la estrella con un mohín, alejándose de él.

—Vaya con el detective privado… No se contenta con las *starlets* o las ayudantes de dirección, ahora pica más alto, hasta a la máxima estrella del filme —opinó Alice molesta tratando de ser punzante.

—Ya has oído, dice que a lo mejor se casa conmigo.

—Para divorciarse al regreso de la luna de miel. Lo único que Raquel pretende es armar escándalos publicitarios.

—Y pasar agradables lunas de miel —añadió Last.

Alice Hoe se dedicó a su trabajo de lleno para no verse obligada a dar un nuevo puntapié a la tibia del detective. Lo amaba, pero su orgullo, muy poderoso, le impedía demostrarlo.

Sterling Missouri resultó el protagonista del rollo que se filmaba.

Sterling, más que actor, era galán. Alto, ancho de espaldas, muy bien maquillado y con movimientos y poses según la escuela de Elia Kazan.

Pero, por mucho que se esforzara, jamás llegaría a imitar a Brando, Newman o James Dean.

Lo cierto es que Sterling Missouri era un autodidacta que no había sido admitido en la famosa escuela de Kazan y según Last, más que pagado de sí mismo, estaba enamorado de sí mismo. Raquel Pinch, a su lado, no corría ningún peligro y ella lo sabía.

—¡Silencio, se rueda! ¡Acción! —exclamó alguien al que Last no prestó atención.

La pareja protagonista inició su diálogo. A Last se le antojó demasiado rebuscado y falto de lógica, pero suponía que los cámaras estarían tomando primerísimos planos de la exuberancia de Raquel Pinch, pues varios eran los focos que iluminaban las dotes más atractivas con que la madre naturaleza la había obsequiado.

Sterling Missouri se despidió de su *partenaire* con encendidas promesas por las cuales él debía resolver los misterios del palacete que, según el guion, había heredado de un pariente lejano oriundo de Serbia.

Apenas había desaparecido el galán del filme por la puerta cuando se abrió violentamente una estantería de objetos de arte antiguos tras la cual había un supuesto pasadizo secreto.

Apareció un hombre con una capa, lanzando un alarido infrahumano que sorprendió a todos. Al llegar al centro del salón del palacete, se lanzó al suelo frotándose el rostro con desesperación.

—¡Imbécil! Tenía que reír y no chillar como una bestia —rugió el director haciendo que la filmación se cortara.

Last comprendió que aquello no era normal.

El hombre que yacía en el suelo era Burt Adams y corrió hacia él.

Le apartó las manos de la cara, viéndola mojada y con una expresión de terror.

—¡Rápido, agua y llamen a una ambulancia! ¡A este hombre le acaban de arrojar vitriolo al rostro! —explicó Last al notar el contacto oleoso del denso ácido en sus manos.

Se apresuró a secarse con la ropa, sabiendo que el tejido iba a quedar rápidamente devorado por el corrosivo líquido.

Raquel Pinch lanzó un violento chillido y se desplomó como un saco presa de un ataque de histeria.

Mientras, dos hombres que habían permanecido en las sombras, se miraron entre sí nerviosos y corrieron hacia el pseudo-pasadizo secreto.

Eran los dos matones de Sing-Sing tratando de perseguir al culpable de tan execrable acto.

CAPÍTULO IV

Last tomó el auricular del teléfono y tras escuchar la voz que le hablaba al otro lado del hilo, saludó:

—Hola, Sing-Sing.

—¿Cómo está Burt Adams?

—Entrará en la sala de operaciones dentro de unos instantes.

—Espero que el cirujano haga un buen trabajo, de lo contrario la California Men Company va a tener que pagarle cincuenta mil dólares y, además de los gastos, los días de paro que sufra el rodaje de la película en la que intervenía Burt Adams.

—Parece que le satisface todo esto, Sing-Sing.

—No me satisface en absoluto. Yo le dije que no pagara los veinte mil dólares que le pedían y puse a dos de mis hombres para que lo vigilaran. Según tengo entendido, usted mismo estaba presente cuando le echaron el ácido en la cara.

—Sí, el que lo hizo fue listo y tuvo tiempo de huir. Como se hallaba en un lugar oscuro, Burt dice que no pudo ver al atacante, pero sí encontramos el frasco en el suelo.

—¿Huellas?

—En absoluto. Sus competidores trabajan bien, Sing-Sing. No hay rastros, no hay pistas a seguir. Me temo que a la compañía de seguros le va a costar caro todo esto, pero a usted le van a invadir sus dominios *y* si la policía no ha podido echarle el guante hasta, ahora por falta de pruebas y porque sus víctimas no le han denunciado por miedo, sí va a tener problemas con los nuevos *racketeros.*

—Pero usted me ayudará a encontrarlos, ¿verdad, Last? Nos interesa a ambos.

—Lo siento, Sing-Sing, voy a trabajar por mi cuenta. No pienso jugarme el cuello por usted.

—Unidos podemos conseguir más.

—No va a liarme. Desde ahora considéreme su enemigo, porque voy a encontrar al tipo del ácido y también le destruiré a usted. Si lo consigo, será un éxito para la California Men Company.

—Si quiere guerra la tendrá, Last. Yo sabré desembarazarme de quien o quienes deseen invadir mis dominios. Les daré un buen escarmiento, pero de usted también sabré preocuparme. Lástima, le creí más listo, Ahora resulta peligroso, sabe demasiado.

Last dejó a Sing-Sing que siguiera profiriendo amenazas y le colgó el auricular. Sabía que aquello enfurecería aún más al *gangster,* pero no le importó.

Se encaminó hacia la habitación en que se hallaba internado Burt

Adams esperando el momento en que cirujano dermatólogo le interviniera con ayuda de un oftalmólogo.

—Hola, Alice. ¿Cómo va por aquí?

La ayudante de dirección no vestía ahora pantalón, sino una minifalda a cuadros grises y rojos. El cabello negro caía lacio por su espalda y un gran fleco casi le cubría los ojos.

—Han inyectado un sedante a Burt Adams y están reparándolo para la intervención.

—¿Está despierto? —inquirió, pues el paciente se hallaba con el rostro enteramente cubierto.

—Sí.

—¿Y su moral?

—Está muy animoso, aunque no cesa de repetir que supliquemos al cirujano que le devuelva su rostro de antes. En fin, que el que cometió este acto tan criminal merece la cámara de gas.

—Las leyes californianas no van a darle cámara de gas por esto, pero entre todos haremos lo que se pueda y más ahora que el teniente Sherman también ha metido sus narices en el caso.

Mantenían el diálogo en voz baja, casi cuchicheando, pero Burt Adams, que pese a sus oídos tapados pudo escuchar algo, preguntó:

—Doctor, doctor, ¿es usted?

La pareja volvió sus respectivos rostros hacia el enfermo y Last respondió en voz alta:

—No soy el doctor. Me llamo Last y trabajo para la compañía California Men Company. Puede estar tranquilo que queda protegido por la compañía para la cual trabajo.

—¡Al diablo el dinero! No quiero dinero sino mi rostro. ¿Cómo quedaré, seré un monstruo viviente para el resto de mis días?

—No tema, Burt —concilio Alice.

—El cirujano es de lo mejor —observó Last—. Claro que si queda como antes solo percibirá una pequeña prima de la compañía aseguradora y el pago de los gastos que ocasione su recuperación.

—Es lo que deseo. Trabajando en el cine puedo ganar mucho más que esos cincuenta mil dólares y continuaré siendo una persona admirada, un ser al que se pueda mirar a la cara. Por el contrario, si ustedes me pagan esos cincuenta mil dólares, querrá decir que me habré convertido en un ser monstruoso. ¡No Dios mío, no…!

De pronto se abrió la puerta y penetraron en la estancia tres hombres vestidos con sus batas blancas.

—¿Qué ocurre aquí?

—Será mejor que procedamos a la intervención —sugirió uno de los acompañantes del cirujano jefe que resultó ser el oftalmólogo.

—¡Doctor, devuélvame mi rostro…! —suplicó Burt Adams con un gesto

patético de sus manos, ya que su cara, salvo un agujero para respirar, se hallaba enteramente cubierta de vendajes.

—No tema, señor Adams, haremos cuanto esté en nuestras manos —respondió el operador-jefe al tiempo que hacía una seña con la mano al segundo ayudante. Este asintió con la cabeza.

El ayudante preparó una jeringuilla y desnudando el brazo de Adams le aplicó el inyectable. Poco después, era trasladado a una camilla y conducido al quirófano.

Alice y Last se quedaron junto a la puerta de la sala de operaciones.

Al poco, casi sigilosamente, se les acercó un hombre de cabello cortado al cepillo, estatura mediana, de unos cincuenta años y una pipa apagada entre los labios.

—¿Qué tal, Last?

—Hola, teniente Sherman. Le presento a la señorita Alice Hoe, ayudante de dirección del filme que se está rodando.

—Ya. Señorita Hoe, creo que tendré que hacerle unas cuantas preguntas con respecto a lo sucedido.

Con ligera sonrisa, Alice inquirió:

—¿Me considera sospechosa?

—No. En realidad, nadie es sospechoso y todos lo son. Lo cierto es que mis hombres andan algo desorientados por ahora y hay que averiguar más.

Last intervino:

—El propio Burt Adams tendrá que contarle lo sucedido, él lo sabe mejor que nadie.

—Él solo me ha dicho que lo atacaron y no ha querido añadir más. Con franqueza, no me siento satisfecho.

—Yo tampoco me sentiría en su lugar —repuso Last.

—Me temo que usted ya ha metido las narices en este asunto.

—A la California Men Company le interesa mucho este caso. Si Burt Adams no recobra su faz anterior, deberá abonarle cincuenta mil dólares.

—Es una buena cantidad, pero intuyo que usted sabe más, mucho más. Le agradecería que colaborara con la ley en su investigación.

—Teniente, usted conoce el aprecio que siento por la ley y que siempre he colaborado con ustedes.

El teniente Sherman asintió filosóficamente mientras con su zurda sostenía la cachimba cuya cazoleta tenía los bordes requemados.

—Siempre colabora cuando el caso se cierra. Me entrega a alguien para que lo meta entre rejas o para que lo sepulte tras haberlo liquidado en defensa propia.

—No sea malicioso, teniente. Esta vez le ayudaré un poco más.

—¿Ah, sí? ¿En qué?

—¿Conoce a un tipo apodado Sing-Sing?

—Sí, claro. Fue un *gangster* de los años treinta, pero acabó mal y fue a

presidio.

—Pues ahora está en Los Ángeles.

—Lo sé —admitió el policía—, pero no molesta mucho. Por lo visto no quiere volver a la cárcel aunque sus compañías no son muy recomendables.

—Hace muy poco que hablé con Sing-Sing.

—¿Frecuenta usted su amistad?

—No me busque las cosquillas a mí, teniente, sino a Sing-Sing. Nuestro encuentro fue a petición suya.

—¿Y qué le dijo?

—Algo que a usted le gustaría que él mismo le revelara por escrito y firmado al pie.

—Me tiene sobre ascuas, Last.

Alice parpadeó. También ella estaba intrigada por las palabras de Last.

—Sing-Sing ha vuelto a las andadas.

—No me diga que está haciendo *racket* —masculló Sherman—. Era su profesión en sus años mozos y por cual pasó quince años en Sing-Sing.

—Pues sí, sigue, haciendo *racket*.

—¡Diablos, tengo que meter a ese tipo entre rejas! —gruñó Sherman.

—Pero, ¿a quién extorsiona? —preguntó Alice.

—A los actores y actrices de cine. Burt Adams era una de sus víctimas.

El oficial de la policía de Los Ancles frunció el ceño.

—No irá a decirme que es él quien ha arrojado vitriolo al rostro de Adams, ¿verdad?

—No, no lo creo —dijo con desenfado, mientras sonría interiormente adivinando lo que sucedería a partir de aquel instante.

La policía comenzaría a marear a Sing-Sing, pues era su deseo que el *gangster* pagara por lo que estaba naciendo, y en cuanto este se diera cuenta de que él rabia sido quien informara a las autoridades, trataría de hallarlo y no para estrecharle la mano precisamente.

—Yo no sabía nada de esto —intervino Alice—, y eso que todo lo que ocurre en el mundo del cine se acaba conociendo.

—Creo que Burt Adams no era el único. Es muy posible que Raquel Pinch, Sterling Missouri y otros le estén pagando a Sing-Sing.

—¿Y él le contó todo esto? —inquirió Sherman.

—Sí, por lo visto sufrió un ataque de sinceridad. No obstante me advirtió que sería inútil que se lo contara a la policía, porque no hallarían pruebas en su contra.

—Es muy optimista Sing-Sing —masculló el teniente

Sherman, reconociendo en el fondo que el *gangster* podía tener razón.

—Por lo visto, trabaja bien. Sus víctimas pagan por ser protegidas.

—¿Y por qué se lo explicó a usted, Last?

—Porque dijo que, en cierto modo, éramos colegas.

—¿Colegas? No me diga que usted también hace *racket*…

—No teniente, no le daré el placer de meterme entre rejas por esa clase de delitos. Sing-Sing se refería a que él actúa como una aseguradora normal y corriente. Cobra para que sus víctimas no sufran ningún contratiempo, aunque las compañías de seguros pagan después de haber ocurrido el percance. Es algo distinto, pero a él le parece lo mismo. Quiere dar visos de moralidad a su trabajo.

—Pero, es absurdo. Lo que hace ese hombre constituye un delito —puntualizó Alice.

—Naturalmente, es un delito —corroboró el teniente Sherman—, y tanto que como pueda demostrar que ha sido Sing-Sing el que ha arrojado vitriolo al rostro de Burt Adams, no va a salir de la cárcel en lo que le resta de vida.

Una enfermera se les acercó con paso rápido, cortando el diálogo.

—Señor Last, le llaman nuevamente al teléfono.

—Ah, gracias.

Disculpándose con Alice y el teniente de policía siguió a la enfermera que le acompañó hasta el teléfono situado en una pequeña salita.

—Aquí es.

—Gracias, monada… ¿Diga?

—Last, soy Monagan.

—Ah, hola, diré.

—Al diablo con diré. Investigue a fondo ese caso de Burt Adams, ¿ha comprendido? ¡A fondo!

—Parece que ahora le interesa mucho, diré —replicó Last con sorna,

—Déjese de bromas. No estamos dispuestos a pagar miles de dólares si se puede evitar. Quiero atrapar al culpable y él pagará los platos rotos.

—De acuerdo, diré, investigaré, pero…

—¿Pero qué? —inquirió gruñón el director general de la aseguradora California Men Company.

—Pues que la prima ha de ser la máxima y con gastos aparte.

—¿Qué?

—Lo que ha oído, diré. No se le vaya a olvidar que me estoy jugando la belleza, porque el próximo que reciba un frasco de vitriolo en la cara seré yo.

—No es momento para chistes malos.

—Si no hago chistes. Prima máxima y gastos aparte, sin olvidar la prima mínima que me ofreció, o abandono el caso.

—¡Eso es extorsión! —chilló Monagan.

—Llámelo como guste, diré. Tanto meterme entre *racketeros* he aprendido la lección.

—Está bien, está bien, prima máxima, pero adelante con el caso, ¿comprendido?

—De acuerdo, diré. —Colgó el auricular, frotándose las manos satisfecho—. Ya era hora de que el diré soltara su mano con generosidad…

Regresó junto a Alice, pues el teniente Sherman ya se había marchado. Quizá le había entrado prisa por visitar a Sing-Sing y a este le iba a coger aún más prisa por visitar a John Last.

—¿Cómo va?

—Una enfermera ha dicho que la intervención terminará pronto, que todo ha ido muy bien.

—Magnífico. Me hubiera disgustado que él o los extorsionadores se hubieran salido con la suya.

—¿Él o los, y por qué no la?

—¿La? ¿Insinúas que puede ser una mujer? —preguntó Last.

—Se me ha ocurrido de pronto que un frasco de ácido lo mismo puede arrojarlo un hombre que una mujer.

—Es cierto. A lo peor tengo que empezar a sospechar de ti.

—¿De mí? —repitió la joven entre asustada y sorprendida.

Se abrió la gran puerta del quirófano y salieron de él los médicos que habían intervenido a Adams.

—Doctor, ¿cómo está? —interpeló Last.

—Muy bien. En unos días, en menos de los que todos esperábamos, quedará como nuevo.

—¿Quiere decir que las quemaduras del ácido no han revestido importancia?

—Por suerte para ese hombre, no —respondió el cirujano—. Podía haberlo pasado muy mal, el sulfúrico es sumamente corrosivo, pero afortunadamente se hallaba muy maquillado cuando ocurrió ese ataque criminal.

—Y también tuvo suerte de cerrar los ojos a tiempo. Aunque algo de la conjuntiva ha quedado dañado, no es nada serio. También ha de estar agradecido a la persona que le lavó rápidamente la cara con agua abundante.

—Fue él —indicó Alice señalando a Last.

—Pues hizo un buen trabajo. De todos modos, y no es por restarle méritos a usted, las quemaduras leves que sufre han sido gracias al abundante maquillaje que usaba.

—Ah —medió el oftalmólogo—, el hombre está muy contento al saber que va a recobrar su físico normal y no sé que ha dicho de «al diablo los cincuenta mil dólares de la póliza».

—Eso hará feliz a mi jefe —suspiró Last—. Hace un momento que me ha telefoneado.

—Pues felicítele y espero que la policía prenda al indeseable que ha cometido semejante delito —dijo el cirujano. Luego, ambos se alejaron.

—Creo que nosotros también debemos irnos. Burt Adams está en buenas

manos.

—Sí, marchémonos. ¿Qué tal estás de apetito, Alice?

—Creo que podrías interpretar sin desdoro, en cuanto a colmillos se refiere, una escena del hombre lobo.

—En ese caso pediremos la mejor carne que se sirva en Los Ángeles. Andando.

CAPÍTULO V

El chalet de Raquel Pinch no era de los más grandes ni lujosos de Beverly Hills, pero sí era de los más coquetones y bien cuidados.

Raquel Pinch no gustaba de tener mucho servicio a su disposición. Para atenderla solo tenía una doncella, una cocinera, un portero que venía por la mañana temprano y marchaba a su propio hogar por la noche y un jardinero que cuidaba también de la piscina.

—¿Está todo listo, Agatha? —preguntó Raquel Pinch paseándose por el *living* de su chalet, en bikini y con una bata de gasa encima que acentuaba su belleza.

—Sí, están los canapés, fuertes de picante como me ha pedido, los licores, los refrescos…

—Bien, bien, ya puedes irte a dormir. Mañana recogerás lo que haya.

—Como mande la señorita —dijo Agatha con un suspiro—. Cualquier día, la señorita…

—Vamos, Agatha —musitó oscilando su cuerpo con sensualidad bajo la delicada bata—. La vida hay que vivirla.

—Pues podía haberse quedado con uno de sus maridos.

—Bah, eran demasiado vulgares.

—¿Y el que viene a visitarla esta noche no es vulgar? —preguntó la criada enfurruñada.

—No, no es nada vulgar. Es alto, rubio, casi platinado. Tiene un aire ligeramente cínico.

—Pues vaya sujeto, no parece de fiar.

—Y sobre todo es varonil, muy varonil… Creo que es uno entre un millón. —Suspiró—. Ay, Agatha, salen tan pocos en la especie hombre que se puedan llamar dignamente hombres…

—No, si ya sé que la señorita es maestra en catalogar hombres —dijo con retintín.

—Vamos, vamos, márchate, ya le abriré yo misma. Por cierto, ¿la piscina está llena?

—Sí, e iluminada. Parece un pastel de nata rosa.

—Un pastel de fresas —le corrigió Raquel.

—Es lo mismo, no se van a bañar.

—¿Y tú qué sabes?

—Yo sé lo que quieren todos los hombres y más de una mujer como usted. —Refunfuñando, Agatha se alejó hacia sus dependencias particulares.

Raquel Pinch, espléndida, exuberante de belleza, gracias a la cual la productora Ward Color Pictures ganaba buenos dividendos, se cercioró de que no falcaba nada en el bar y luego se dejó caer en uno de los amplios

sofás distribuidos en la sala, pues habían cuatros, de distintos colores, modelos y tapicerías.

Consultó el reloj. Su visitante no tardaría en llegar.

En aquel instante, sonó el teléfono situado sobre una mesita próxima a su mano.

Raquel Pinch tenía dos teléfonos. Uno en el despacho biblioteca del chalet y que solía estar descolgado, pues el número aparecía en el directorio de la telefónica, y el otro el del *living*, más íntimo y particular y no insertado en la guía por petición expresa de la estrella.

Eran demasiadas las llamadas que recibía y quería tener aquel teléfono solo para comunicaciones muy particulares, pues eran contadas las personas que conocían el número.

—¿Diga? —inquirió viendo que la llamada partía del teléfono blanco al que solía responder siempre, pues, por otra parte, sonaba muy raramente.

—¿Raquel Pinch? Escúcheme con atención.

—¿Quién es usted? —preguntó al no reconocer la voz.

—No haga preguntas, solo escuche.

—Voy a colgar. No tengo por qué hablar con usted sino me dice antes quién es.

—Alguien que la quiere bien Raquel Pinch, alguien que la quiere bien si paga cien mil dólares al contado.

—¿Qué? ¿Está loco?

—No, no estoy loco. Usted es muy bella, está en la cúspide de su fama. Puede ganar mucho más dinero que ese si me paga.

—¿Y si no accedo a su estúpida pretensión?

—Soy el mismo que ha arrojado el ácido a la cara de Burt Adams. La verdad es que no he tenido mucha suerte con él. Se negó a pagar, pero, ¿usted hará lo mismo? Le advierto que su belleza es superior a la de él y más se perdería con un poco de sulfúrico. Quedaría tan horrible que ya nadie desearía verla. Todos la rehuirían. La vida le sonríe ahora, Raquel Pinch, pero luego… Quizá su única alternativa después de mirarse al espejo fuera suicidarse.

Al escuchar semejantes amenazas, la actriz se estremeció de horror.

—¡Calle, calle!

—Volveré a llamarla, Raquel Pinch. Espero que entonces será más comprensiva. Ah, es inútil que pida protección a nadie. No van a descubrirme como no me han descubierto con lo de su compañero Burt Adams. Soy invulnerable, Raquel Pinch, recuérdelo. Sería una lástima que su belleza desapareciera en unos segundos.

—¡Oiga, escuche, escúcheme!

Mas, al otro lado de la línea ya habían colgado.

Apenas había tenido tiempo de reaccionar cuando sonó el timbre de la puerta.

Instintivamente se echó hacia atrás temiendo que aquel indeseable pareciera de pronto. Luego, reaccionó y corrió a descolgar el interfono, inquiriendo:

—¿Quién es?

—Soy Last.

—Ah, te estaba esperando.

—Si no abres la puerta —repuso la voz masculina desde el otro lado del interfono situado junto a la verja que cerraba el jardín—, tendré que saltar por encima de ella.

—Descuida, ahora mismo abro.

Pulsó un botón y la puerta se franqueó ante John Last.

Este pasó al interior del jardín estilo japonés con sendero de piedras rojas e irregulares clavadas en medio del césped. La puerta tornó a cerrarse tras él automáticamente.

Al llegar a la casa propiamente dicha, Raquel le franqueó la entrada. Al quedar la mujer a contraluz, Last opinó:

—Estás muy hermosa Raquel, solo que tu rostro parece preocupado.

—Pasa, pasa. —Le hizo entrar mirando con recelo hacia el exterior.

—¿Ocurre algo? Estás excitada.

—Acabo de recibir una llamada telefónica.

—Bueno, supongo que siendo hermosa y popular como eres tu teléfono no cesará de sonar en todo el día y la noche.

—Last, no es broma. Me ha telefoneado el tipo que arrojó el vitriolo a la cara de Burt Adams.

Last quedó sorprendido. No esperaba aquella noticia, aunque en otros momentos la intuyera.

Burt Adams no iba a ser el único extorsionado y él serviría como ejemplo de lo que podía sucederle a los demás si se negaban a pagar.

—¿Estás segura de que era el mismo tipo?

—Sí, y me alegro de que hayas venido precisamente tú que estás interesado en este asunto.

—Opino que lo mejor es que llames a la policía. El teniente Sherman tomará el caso con interés.

—No, a la policía no.

—¿Por qué?

—Son muy impertinentes y hacen demasiadas preguntas.

—¿Acaso tienes muchos trapitos sucios que ocultar? —¿Yo?

—Vamos, vamos, cariño, que para alcanzar el estrellato hay que pasar por muchos tragos. No vayas a hacerte ahora la inocente —dijo mientras se dirigía al bar y se sentaba en uno de los altos taburetes, procediendo a preparar unos *coktails*.

—Yo no tengo nada que esconder —insistió Raquel—, pero la policía comenzaría a sospechar de todo el mundo. Marearían a mis antiguos

maridos y no quiero...

—Quizá hasta llegaran a averiguar que tienes una hijita en un orfanato.

—¿Qué? —inquirió Raquel abriendo mucho sus ojos oscuros.

—¿Acaso piensas negármelo? Anda, toma esto; te dará fuerzas para decir la verdad.

Ella bebió medio combinado que, por otra parte, era muy fuerte. Respondió con una pregunta:

—¿Cómo lo sabes?

—Last lo averigua todo, cariño, no se te vaya a olvidar. Sé los problemas que tienes con la niña, ya no puedes recuperarla. Cuando la dejaste en el orfanato no pensabas que ibas a llegar tan alto y renunciaste a ella totalmente.

Raquel suspiró vencida.

—Está bien, sí, tengo una hija, hay muchas mujeres que las tienen y también he tenido varios maridos.

—Pero tu hija no consiguió ningún padre y eso sería muy mala propaga, la para ti. Dicen que lo importante cara quienes viven de la fama es que hablen de uno aunque sea mal. Sin embargo, existen ciertas cosas que público no perdona y las simpatías se trocan en animadversión, lo cual resulta deficitario.

—No irás a contar mis cosas por ahí, ¿verdad?

—Por supuesto que no. No hago chantaje ni extorsiono a nadie, solo investigo lo que me interesa.

—A mí me gustaría sacar a mi hija del orfanato y ponerla en un internado de lujo ahora que puedo hacerlo. Me sentiría mejor.

—Comprendo. Mientras tú aquí tiras el dinero en ajos, comodidades y también vicios, tu hija debe pasar con lo justo en el orfelinato. Quizá ni haya aprendido a sonreír.

—Yo he intentado hacer cuanto he podido, pero no sé si van a reintegrármela.

—Haberlo pensado antes de firmar la renuncia, cariño. Ah, por supuesto, también temes a Sing-Sing.

—¿Sing-Sing? ¿Qué pasa con Sing-Sing?

—No se trata de ningún sonajero, desde luego. Si la policía investigara, tendrías que explicar que eres víctima de Sing-Sing, que pagas para que te deje en paz.

—Todos pagamos para que no nos suceda nada.

—Ya, todos se acostumbran a pagar por inercia.

—Sí, pero no es mucho y estamos protegidos.

—¿Igual que Burt Adams? Los matones de Sing-Sing estaban en el lugar y no pudieron protegerle de lo que le sucedió.

—Tampoco lo protegiste tú con tus pólizas de seguros.

—Equivocas los términos, Raquel. Las compañías aseguradoras no

hacen el papel de matones o policías, solo pagan cuando el percance ha ocurrido.

—Y tú como detective, ¿qué haces?

—Evito que se cometan timos. Esclarezco la verdad de lo sucedido para impedir que la compañía pierda dinero. En este caso, debo ayudar a la policía a detener a ese delincuente para que no vuelva a cometer un acto semejante. Por ejemplo, si te echaran el ácido encima, la compañía tendría que abonar medio millón de dólares, pues hasta ahí llega tu póliza.

—Me temo que tendré que revisarla y hacer que la prima sea más cuantiosa por si me sucede algo.

—Ya no podrás hacerlo. Eres una mujer amenazada y la compañía mantendrá su póliza de medio millón, pero no aceptará un aumento. No sería rentable y menos después de lo ocurrido a Burt Adams.

—Entonces, los de la California Men son unos cínicos como Sing-Sing —acusó ella.

—No, simplemente precavidos. No aseguran nada que puede deteriorarse en cualquier instante porque alguien anda al acecho.

Ella bebió el resto de la copa y tembló.

—Tengo miedo. Me siento sola y acorralada.

—Vaya, la mujer más admirada del mundo tiene miedo y se siente acorralada. Otras estrellas como tú se han suicidado con anterioridad y confío que tú no cometerás tamaña estupidez.

—Lo mejor será que pague.

—Sería como darle cuerda a ese indeseable. Después de ti seguiría probablemente Sterling Missouri.

—Él también pagará. ¡Con lo que adora su rostro!

—Bien, enfoquemos la cuestión. ¿Cuánto te ha pedido ese tipo?

—Cien mil dólares.

—¿Puedes pagarlos? —Ella le miró altiva y Last se apresuró a agregar —: Te lo pregunto porque hay muchos en Hollywood que viven a lo grande y parecen millonarios cuando lo único que tienen son letras que van satisfaciendo como pueden y cuando los contratos se acaban, terminan en la miseria.

—No, yo tengo ese dinero y más también. El Banco en el que tengo m cuenta me sugirió invertir parte de mi dinero en una empresa petrolífera que ha dado buenos resultados.

—Me satisface que hayas pensado con la cabeza y no con los pies. También tienes un buen chalet en Beverly Hills, pero no es de los grandes y carece de un ejército de criados que gastan terriblemente y consumen muchos impuestos. Pareces bastante inteligente con respecto al dinero. ¿Has hecho ya testamento?

—¿Testamento? ¿Es que van a matarme?

—Podría ser que murieras en el momento más inesperado y sería bueno

que testaras a favor de tu hija. Los jueces se encargarían de hacerle llegar el dinero. Si no testas, como oficialmente no tienes ninguna hija, todo el dinero sería para el Estado.

—Seguiré tu consejo, pero ahora, ¿qué he de hacer?

—¿Cuánto te ha dicho que debes pagar?

—No lo ha dicho aún. Me ha pedido que reflexione sobre la conveniencia de no rehusarme a pagar.

—Ese tipo parece frío, sabe esperar y esos resultan los más peligrosos. Bueno, ¿es hombre o mujer?

—Hombre, desde luego.

—No lo digas tan segura, que con una cinta magnetofónica pueden hacerse muchos arreglos y la voz más fina se convierte en grave.

—A mí me ha parecido que la voz resultaba ronca.

—¿No la has reconocido?

—Creo que jamás la he oído antes, aunque es difícil saberlo con certeza. Oigo muchas voces al cabo del día.

—Bien, le pagarás a ese tipo. Será la forma de atraparlo.

—Pero, ¿y si descubre que le tendemos una trampa? Me arrojaría el ácido a la cara y sería horrible.

—Eso no sucederá, él tratará de cobrar por todos los medios. Lo que debes hacer es llamarme en cuanto vuelva a telefonearte para darme más detalles.

—Entonces, ¿acepto su trato?

—Sí, y tendrás que pedir el dinero a tu Banco, seguramente en cantidades pequeñas. Yo me encargaré del resto. Ahora, creo que será mejor que me vaya y tú te tomarás un par de pastillas de somnífero, pero, solo dos, ¿eh?

Ella asintió con la cabeza. La noche no había salido como esperaba.

Pensaba dominar al hombre con sus atractivos y había sido él quien la dominara a ella debido a la situación creada por la imprevista llamada telefónica.

Sin embargo, Raquel Pinch comenzó a darse cuenta de que Last no era como el resto de hombres que había tratado. Sólo con sus atractivos físicos no lo habría retenido más de unas horas y quizá, ni eso.

Last tomó un nuevo trago, se puso un cigarrillo entre los labios y tras dar una ligera palmada al rostro femenino, sin fijarse en el resto de su anatomía, se alejó hacia el exterior.

—No olvides llamarme. Hazlo a la California Men Company, allí me pasan pronto los recados.

A través de una ventana, Raquel vio cómo el hombre subía a su coche. Se dijo que, de haberse topado con un Last en su vida, probablemente no habría llegado a la fama ni al dinero que guardaba en el Banco, pero sí estaba segura de que no se hubiera divorciado de él.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO VI

El teniente Sherman, acompañado por un sargento paisano y dos agentes uniformados, observaba desafiante y escrutador al *gangster* mientras aspiraba el humo de su cachimba requemada.

—No tiene pruebas. Si no trae una orden del juez para mi arresto, olvídese de mí, teniente. Conozco mis derechos y no crea que por haber estado en la cárcel voy a permitir que me avasalle con sus falsas incriminaciones. Puedo pagar abogados e incluso crearle problemas.

Los secuaces de Sing-Sing permanecían sentados en destartalada tribuna que dominaba la mesa privada billar como si fueran simples espectadores de aquel desafío verbal entre el agente de la ley y el recalcitrante *gangster.*

—Le advierto, Sing-Sing que voy a husmear a fondo este caso y el que echó vitriolo al rostro de Burt Adams, de lo cual se ha hecho amplio eco la Prensa mundial, va a pagarlo como que me llamo Sherman.

—Al diablo sus investigaciones, a mí no me importan.

El viejo *gangster* no parecía temer a la ley. Se había habituado a vivir en contra de ella, retándola siempre. De otra forma, ya no hubiera sabido vivir.

Sus hombres, pese a sus años, le admiraban e ignoraban a sabiendas que pocos eran los *gangsters* que alcanzaban la edad de Sing-Sing.

Quizá este llegaba a viejo por haber pasado muchos años en la cárcel, a prueba de simples accidentes.

Rassy, sin embargo, no dejaba de sonreír mientras masticaba chicle de un modo constante.

Rassy era joven, pero el más cínico de la pandilla de Sing-Sing y a la vez considerado por todos como el brazo derecho del jefe.

—Sing-Sing, si puede huir, hágalo. Ese sería el consejo de un fuera de la ley, pero como soy el teniente Sherman, le prevengo que si abandona la ciudad sin avisarme, en su lugar de destino tendrá preocupaciones serias, pues lo haría detener.

—¿Es que quiere ponerme en cuarentena?

—Sí. Mientras, voy a buscar las pruebas con que llevarlo de nuevo a la cárcel por extorsión a los actores y actrices del cine. Creo que tendré que ponerme en contacto con el departamento federal de investigación para su caso.

—Sí, ya les conozco a todos —masculló Sing-Sing—. Porque uno ha estado en la cárcel, ya nadie cree en su regeneración.

—¿Con esa compañía que le rodea? —interrogó Sherman mirando los rostros cínicos de los jóvenes a las órdenes del *gangster.*

—¿Existe alguna ley que me impida jugar al billar con mis amigos? —preguntó de repente el viejo.

—No, no hay ninguna ley que lo prohíba —admitió el oficial de la Metropolitana de Los Ángeles.

—Entonces déjeme jugar en paz y avíseme cuando tenga una orden de detención contra mí. Si no la consigue, ya le enviaré un regalo de felicitación por Pascuas

Al teniente Sherman no le agradó en absoluto ser tratado de aquel modo expeditivo, pero nada podía hacer allí.

Por otra parte, el propósito que le condujera hasta allí ya estaba conseguido: inquietar al *gangster*.

Sherman sostenía la teoría de que para cazar a un delincuente lo básico era conocer su identidad. Luego, si carecía de pruebas suficientes para detenerlo, era preciso ponerlo nervioso y él mismo acababa metiéndose ce lleno en el cepo tras cometer los errores consiguientes, producto de su inquietud.

—Adiós, Sing-Sing, volveremos a vernos. Soy como un lobo que no abandona su presa.

Apenas Sherman y su escolta se habían alejado de la sala privada de billar, Sing-Sing masculló:

—¿Un lobo? Un perro callejero es lo que tú eres.

Los secuaces abandonaron sus puestos para rodear al jefe.

Les había gustado el modo en que el *boss* había tratado a la policía. Sin embargo, sentían algo de inquietud, ya que la policía se había metido de lleno en el negocio del que vivían todos ellos.

—Parece que el tipo de la aseguradora ha dado el soplo a la bofia — comentó Rassy con sorna, el delincuente criado en diversos reformatorios, con solo veinticinco años de edad pero una larga cadena de delitos, pocos de ellos probados.

Sing-Sing se levantó el sombrero que siempre cubría la calva que ahora pudo verse bien. Se pasó la mano por el sonrosado cuero cabelludo y miró a su lugarteniente, quien vestía de negro, con corbata blanca y sombrero de paja negro con lazo blanco.

—No te preocupes y vosotros tampoco. La bofia no conseguirá nada. Soy gato viejo y no dejo pruebas.

—Pero, ¿y si el ganado habla? —preguntó Rassy. Al referirse a ganado, nombraba a las víctimas de la extorsión.

—Saben que no les conviene. Todos ellos tienen trapos sucios que ocultar, por eso se avienen al pago. Sé escoger a nuestros digamos proveedores. Dad por seguro que no hablarán, porque el que se fuera de la lengua lo lamentaría y ellos lo saben. Son gente de cine y no olvidéis que lo importante para ellos es gozar de buena apariencia. No cometerán tonterías para no correr el riesgo de que les rompamos unos cuantos huesos.

—Pero, ¿y el tipo de la aseguradora? —insistió Rassy—. Seguro que ha

sido él quien ha dado el soplo a la bofia.

—Ya lo sé y va a lamentarlo.

Mich y Woard, los dos tipos que resultaran trasquilados en su primer contacto con John Last, se adelantaron expresando sus deseos.

—Nosotros nos encargaremos gustosamente de pasearlo.

—La playa es muy larga y cuando lo encuentren, ni lo van a reconocer.

—Eso es lo que, en el fondo, está esperando el teniente Sherman. No, no caeré en esa trampa. El propio Last, después de dar el soplo y saber que el teniente Sherman me ha visitado, estará alerta y es un tipo muy especial. Vosotros, Mich y Woard, lo conocéis bien y no os lucisteis precisamente al toparos con él.

—Ahora será distinto. No iremos con reverencias como la otra vez.

—Insisto en que no.

—¿Vamos a dejar entonces que se ría de Sing-Sing y sus amigos? —preguntó Rassy silabeando sus palabras.

El viejo y resabiado *gangster,* que sostenía un pesado taco en su diestra, lo empujó maliciosamente aplastando los dedos de su lugarteniente contra el borde de madera de la mesa de billar.

Dolorido, Rassy pegó un brinco y miró a su jefe con odio. La sonrisa se había borrado de su rostro cínico

Esta vez fue el viejo Sing-Sing quien sonrió demandando disculpas.

—Excúseme, solo quería decir que de mí no se ríe nadie ni siquiera en segundas. Todos vosotros sois unos matones, tipos sin conciencia como yo, pero os falta cerebro y experiencia. Los tipos como Last son demasiado para vosotros.

Nadie replicó. Rassy se disculpó astutamente, ya que no deseaba perder su puesto en la pandilla.

—Yo solo pretendo que ese tipo se lleve su merecido.

—Y se lo llevará —aseguró Sing-Sing fríamente.

—¿Cómo? —rezongó Woard.

—Voy a daros una nueva oportunidad, Mich y Woard, pero sería muy malo para vosotros que volvierais a hacer el ridículo.

—Ahora ya conocemos a la pieza. No nos cogerá por sorpresa.

—Creí que quienes habíais cogido por sorpresa a Last erais vosotros, no viceversa.

Los compañeros de Mich y Woard sonrieron suficientes y despreciativos.

—Esta vez podremos decirle: «Misión cumplida» —aseguró Mich.

—Eso espero y para que todo salga bien, como no me fío de vosotros porque sois zafios y torpes y ya lo habéis demostrado, Rassy os dirigirá. Será el jefe del crío en este trabajo.

—Gracias por la confianza, Sing-Sing —dijo Rassy.

—Sé que harás bien el trabajo.

Rassy trató de concretar:

—¿Y en qué consiste el trabajo?

—Last tiene que lamentar lo que nos ha hecho, En apariencia, a él lo dejaremos tranquilo, pero vais a raerme a la chica que más le guste.

—¿A la chica que más le guste? —repitió el lugarteniente frunciendo el ceño.

—Sí. Todos los hombres jóvenes tienen una chica que les gusta más que otras y esta suele ser más decente que las compañías que frecuentan por la noche. Yo quiero la primera, esa que al hombre le duele. Last ha de tener una, todos la tienen y sé que vosotros la encontraréis sin tardar.

—¿Y luego? —inquirió el cínico Rassy.

—No la traigáis aquí, ya os indicaré el lugar en el momento oportuno. No quiero que la chica en cuestión muera, pero sí que lo pase mal, muy mal. De este modo, Last no podrá recurrir al departamento de homicidios. Hay que pensarlo todo, amiguetes, todo. Ahora, largo… Me agrada estar solo para pensar.

Los secuaces de Sing-Sing desfilaron dejando al *gangster* taqueando en solitario, quizá rememorando los tiempos fuertes del *racket.*

Él no había ganado tanto como el rey Capone, pero viviría mucho más que él y mejor. Su táctica dentro del *gangsterismo* era más hábil que la de Capone.

Sing-Sing solía gustar de recordar la vez en que se enfrentara con el rey del hampa, hacía ya muchos años. Aquel día, Capone le dijo despreciativamente que no llegaría lejos.

—Cualquier rato tengo que mandar un ramo de flores a la tumba del gran rey —masculló para sí riendo.

CAPÍTULO VII

John Last bostezó al detenerse frente a la puerta su apartamento.

—¿Cuándo diablos me dejarán dormir en paz? Si no son los problemas, son ellas. Esta vida de investigador privado resulta algo agitada, menos mal que ahora me espera mi cama y podré dormir a pierna suelta.

Introdujo el llavín en la cerradura y abrió la puerta pasando al interior.

Last tenía un apartamento de soltero muy apropiado para recibir visitas femeninas. Solía invitarlas a toar una copa y todas las que habían pasado por allí opinaban que aquello era una auténtica leonera, moderna y muy cómoda, pero una leonera de la que todas anhelaban ser las dueñas.

Iba a cerrar la puerta tras de sí cuando su sexto sentido le advirtió de que estaba en peligro, un peligro inminente.

Quiso volverse, pero ya era demasiado tarde.

Dos manos, unidas entre sí por los dedos cruzados, bajaron rápidas sobre su nuca, golpeándole con brutalidad.

Last, entrenado perfectamente en percances de aquel tipo, había cedido con el cuerpo hacia abajo para que el encuentro con el ariete de su atacante resultara menos violento.

Rodó por el suelo y si bien el apartamento estaba casi en las tinieblas, por entrar tan solo la luz proveniente de la Luna, Last lo vio todo mucho más oscuro

La cabeza le dolió con tal fuerza que tuvo la sensación de estar cayendo por el interior de un pozo, golpeándose contra las paredes del mismo a medida que descendía.

Un relámpago de raciocinio, dentro de aquel dolor le hizo comprender que si se entregaba a él perdería el sentido en fracción de segundos.

Hizo un esfuerzo sobrehumano para conservar la conciencia y no quedar a merced de su brutal atacar te que debía tener la fuerza de seis caballos salvaje juntos.

Tendido en el suelo, abrió los ojos. Observó cómo el individuo que le había estado aguardando dentro de apartamento cerraba la puerta, aislándose del exterior y luego avanzaba hacia él con seguridad.

Aquel tipo resultó alto, casi un gigante le pareció Last. Su corpulencia era aplastante, pues debía pasar de los cien kilos y en ellos no había un átomo de grasa.

Sin embargo, no era fácil identificarle. Su cabeza estaba cubierta enteramente, desde el cabello al rostro por un pedazo de media que lo desfiguraba haciendo irreconocible y dándole al mismo tiempo un aspecto monstruoso.

Last pensó por un instante en Sing-Sing y sus secuaces, en los métodos de tiempos de Capone, pero termino con sus suposiciones y aguardó a

aquel tipo que parecía dispuesto a proseguir con los golpes.

Cuando lo tuvo cerca, lanzó los pies hacia sus tobillos, apresándolos y haciéndole perder el equilibrio.

En la caída, el atacante partió una mesita de centro no sin proferir antes un gruñido mezcla de sorpresa dolor.

Allí no terminaba la lucha. Sólo había hecho que empezar.

—Será mejor que cabemos esta pelea, amigo —advirtió Last.

—¡No se terminará hasta que quebrante tus huesos! —le respondió aquel gigante con evidente acento extranjero, un acento extraño que no debía proceder del continente americano ni de idiomas fácilmente reconocibles. Más bien diría que tenía acento eslavo.

—Entonces, peor para ti —replicó Last en cuclillas, aguardando la embestida del gigante al que debía mantener a raya, pues si le hacía una presa, pese a su altura y fuerza, Last iba a pasarlo mal.

El gigante lanzó una carcajada bajo la media que le desfiguraba.

Se movió con cautela, agachado, con las manos por delante como si fueran las tenazas de un crustáceo prestas a hacer presa en su víctima y despedazarla luego.

Al quedar bajo el haz lunar, que entraba de lleno por el gran ventanal del *living,* Last se percató de que el gigante era completamente calvo, quizá por ello fácilmente reconocible.

—¿Eres tú el del vitriolo?

—Cierra la boca condenado y vale más que te portes bien. Si eres buen chico, solo te partiré unos cuantos huesos, para que dejes de meter las narices donde no te importa, pero si te portas mal… —Rio de nuevo, agregando después—: Suelo enfurecerme y en ese caso, pobre del que cae en mis manos.

Pese a las bravatas y el aire de superioridad física del gigante, Last no se achicó como esperaba aquel energúmeno.

En aquella especie de tanteo entre ambos, Last se dejó acorralar hacia un rincón y esperó la embestida de su atacante esquivándola en el momento oportuno y haciendo que este se estrellara contra el tabique.

El gigante gruñó, más no resultaba fácil de vencer. Poseía la resistencia de una roca granítica y volvió a la carga.

Last fue apresado por una mano y al volar por el aire comprendió que no se las tenía que ver con un novato. No, aquel tipo sabía pelear, quizá era un profesional de la lucha en el *ring*.

Se dijo que contra él debía emplear la técnica del karate aunque resultara algo dura y si es que tenía tiempo de utilizarla, pues tuvo la impresión de que todos sus huesos crujían al verse estrellado contra el mueble bar.

Al gigante no le agradó el sabor del cuero de los zapatos aplicados a su boca y que tuvieron la virtud de proyectarlo un par de yardas más lejos.

Intercambiaron golpes demoledores y Last tenía que emplear toda su agilidad para escapar a los impactos de aquel gigante que ponía todo su peso en ellos, pues estaba seguro de que solo que fuera alcanzado por uno de los golpes, la pelea habría terminado. Luego, aquel tipo que había estado aguardando para hacer una represalia, se dedicaría fríamente a romperle los huesos más dolorosos del cuerpo dejándolo inútil para el resto de sus días, si es que en su diversión no lo enviaba al otro mundo.

Last pudo conectar un gancho al mentón del gigante que ayudó con un codazo en su estómago y remató con un rodillazo en pleno rostro que lo proyectó hacia atrás, perdido el equilibrio.

El gigante se abrió de manos y tras él se oyó el crujir de cristales. Acababa de partir el ventanal con su cráneo.

—Vamos, adelante —invitó Last. Sangraba por la nariz aunque no se dolía de los cardenales con que le obsequiara aquel sujeto por estar en caliente todavía.

El gigante no respondió ni se movió. Last arrugó el ceño y, con precaución, se le acercó.

Seguía sin moverse. Le tomó el pulso y comprobó que este no latía. Le levantó el párpado y vio que los ojos se vidriaban. Al pasar la mano por la cabeza comprendió.

Con los cristales que habían quedado sujetos al marco de la ventana durante la rotura de esta, se había accionado la base del cráneo.

—Vaya, lo siento. Mis saludos a Satanás.

Se puso en pie. Anduvo hacia el interruptor de la luz y lo pulsó. Pudo ver la escena con más claridad.

Parecía como si dentro de su apartamento se hubiera jugado un partido de rugby entre los Yankees y el deportivo colegio de Los Ángeles. Todo estaba hecho trizas.

Fue al cuarto de aseo y lavó su mano de la sangre de aquel sujeto. Tras secarse con la toalla, regresó a su lado.

Le levantó la media del rostro y lo escrutó atentamente.

—Diablos, diría que lo conozco, pero no recuerdo de qué.

Fue inútil tratar de recordar.

Buscó su documentación y halló la cartera. Junto a ella había un sobre abierto sin dirección ni remite.

Al ver sus documentos, resultó llamarse Alioscha Fubrak.

—No he oído nunca ese nombre.

El origen del que ahora no era más que un cadáver, resultó ser rumano, nacionalizado estadounidense.

Last desvió su atención hacia el sobre. Dentro de él halló una nota y dos medios billetes de mil dólares, cortados con una tijera y que correspondían a billetes distintos. Para que no pudieran pegarse entre sí, procedían del mismo lado.

—Creo que no era más que un sicario…

Leyó la nota en la que rezaba:

«Tendrás las otras dos mitades cuando John Last entre en el hospital para no salir en un mínimo de seis meses por los recuerdos que tú, le dejes en sus huesos. Cuídate, el tal Last es algo peligroso».

La misiva carecía de firma y estaba escrita a máquina.

La observó con mucha atención y captó que la letra «l» estaba algo rota en su parte superior y la «r» se hallaba un tanto torcida, de forma apenas perceptible.

—Creo que puede ser una buena pista —se dijo.

Se encaró con el teléfono y marcó unos guarismos. Luego, esperó.

—Departamento de policía, estación catorce. ¿Diga?

—Póngame con el teniente Sherman.

—Un momento, por favor.

Last aguardó y al fin escuchó la voz del oficial de la policía.

—Al habla el teniente Sherman, diga.

—Soy Last.

—Ah, hola. ¿Ha averiguado algo del desagradable caso del vitriolo?

Last evadió la respuesta directa y notificó:

—Tengo un regalito para usted, teniente.

—¿Regalito, qué clase de regalito? No me fío de sus bromas Last, lo conozco bien.

—El regalito se llamaba Alioscha Fubrak.

—¿Se llamaba?

—Para desgracia suya. Tengo su cadáver en mi apartamento, legítima defensa.

—¡Por todos los diablos! —comenzó a gruñir el teniente Sherman.

Last colgó el auricular para no tener que escuchar a sarta de improperios con que le estaría obsequiando el oficial de la Metropolitana de Los Ángeles.

CAPÍTULO VIII

Alice despertó de súbito, sobresaltada. El timbre de la puerta acababa de sonar.

Tiró de la cadenita de su lámpara de noche y la estancia se iluminó cuando el timbre insistía de nuevo

—¿Quién será?

Miró el reloj y comprobó que eran las tres y media de la madrugada. Ante la insistencia de la llamada abandonó el lecho y poniéndose un salto de cama se dirigió a la puerta.

Como le extrañó aquella visita, tuvo la precaución de poner la cadena de seguridad en la puerta para evitar cualquier tropiezo.

—¿Quién es? —inquirió antes de abrir la cerradura

—Soy Last, cariño. Abre.

Alice abrió, pero sin quitar la cadenilla de seguridad.

—¿Qué quieres a estas horas de la noche?

—Hablar contigo.

—Es muy tarde —objetó ella.

—Si no abres, me quedaré dormido aquí junto a la puerta. Tengo un sueño que se me cierran los ojos.

—¿Y por qué no vas a tu apartamento a dormir?

—Vamos, que otras chicas estarían muy contentas de que las llamara a estas horas.

—Es que resulta que yo no soy las otras chicas, sino Alice Hoe.

—Está bien, está bien. Puedes abrir la puerta, solo deseo hablar.

—¿Palabra de honor de que no te pondrás pesado en otros aspectos?

—Palabra de honor —dijo con un suspiro mezcla de cansancio y sueño. Tras el suspiro vino un bostezo que no ocultó.

—Aguarda —dijo Alice cerrando la puerta. Quitó el seguro y volvió a abrir.

—¿Puedo pasar ya sin miedo a destruir tu buen nombre?

—No seas tonto. No soy ninguna anticuada, pero tampoco dejo que se pasen de listos ciertos sinvergüenzas.

—Muy bien, muy bien. El día que te cases serás la esposa ideal.

—Eso espero —replicó ella cerrando la puerta.

Last se dejó caer en una butaca y descansó su cabeza en el alto respaldo.

—Oye Last, no habrás venido a dormir aquí, ¿verdad?

—No cariño, claro que no. He venido a charlar contigo, ya te lo he dicho.

Ella lo observaba con actitud crítica y los brazos en jarras.

—¿Qué, has estado en una reunión de gatos salvajes?

—No, solo he estado charlando amigablemente con un gorila.

—Pues no parecía tan amigable el monito.

—Si tienes algo de beber, con mucho hielo, te lo agradeceré.

—Bien, aguarda un momento.

Last cerró los ojos y esperó a que ella regresara.

La chica debió ir rápida en la preparación de la bebida helada o él se durmió un poco. Lo cierto es que apenas había cerrado los ojos que ella estaba delante ordenándole más que pidiéndole:

—Abre la boca.

Instintivamente, abrió la boca y la mano femenina puso algo dentro de ella. Él alzó la mirada y clavó sus pupilas en el agradable rostro de la mujer.

—¿Qué es, cianuro?

—Eso debería haberte puesto, peso solo se trata de una pastilla anti sueño. Anda, trágatela o te veo durmiendo en el sillón.

—Bien. A veces pienso que me haría falta una mujercita como tú para que me cuidara.

—Te limpiara la ropa y luego te fueras a mariposear alrededor de otras. Pues, te equivocas, Casanova. Vivo muy bien independiente.

—Oye, Alice —interpeló tras beber un sorbo de la fuerte bebida mezclada con hielo granizado para ser enfriada lo más rápidamente posible.

Alice no opuso resistencia a que él la tomara de la mano, obligándola a sentarse en el brazo del sillón. Se mostraba enfurruñada, pero lo cierto es que el hombre la atraía poderosamente. Sin embargo, no quería ceder como urna más en la vida del investigador privado.

—Veamos, ¿qué tienes que decirme?

—Está muy bueno este brebaje que me has preparado.

—Vamos Last, no estaremos toda la noche así, ¿verdad? Yo también tengo sueño y mañana he de acudir a la productora. Sullivan quiere terminar unos planos y con lo sucedido a Burt Adams, que retrasa el rodaje, está que trina.

—¿Conoces a un tal Alioscha Fubrak?

—Pues no, no recuerdo ese nombre. —De pronto frunció el ceño—. No me habrás hecho levantar de la cama para preguntarme por ese sujeto, ¿verdad?

—Calma, calma... Estás como un encendedor averiado. Sólo que se te apriete un poco, sacas chispas, pero no quemas ron regularidad.

—No me vengas con chistes malos. ¿Qué sucede con ese Fubrak o como se llame?

—Es que me da la impresión de que ese sujeto podría trabajar en el mundo de los peliculeros.

—Hum, un modo despectivo de llamarnos, pero te lo perdono. Tienes tanto sueño que no sabes lo que te dices. —Hizo una ligera pausa y, sin

pensarlo, mesó los cabellos platinados del hombre con su mano—. No conozco los nombres de todos los que trabajan en la productora. Hay mucha gente allí y el ochenta por ciento no son fijos. Cobran por horas, por escenas o trabajos especiales y luego se marchan. Mi misión no es burocrática, sino la de ayudar al director. He de mantener las escenas tal como habían quedado anteriormente, cuidar de que los detalles de vestuario, etcétera, etcétera, estén sin fallos y otros trabajos menores.

—Está bien. Puede que lo conozcas por su físico, es un tipo singular y si lo has visto, es posible que te acuerdes de él. A mí me ha dado la impresión de que no me era desconocido, pero no recuerdo.

—Dime cómo es y veremos que tal está mi cabeza de fisonomías.

—Es un tipo gigante...

—¿Guapo?

—Desde mi punto de vista, muy feo y calvo completamente. De origen rumano y tiene un fuerte acento extranjero. Más alto que yo y pasa de los cien kilos. Luchaba muy bien.

—¿Luchaba?

—Sí, ha muerto.

—Vaya. Por cierto, ahora que recuerdo, hay un sujeto así rondando siempre por la productora. Hace papeles en nuestra productora y en otras, es un especialista sin trabajo fijo y que hace papeles de monstruo, filmes de romanos, etcétera.

—Ya, donde hace falta un gorila ponen a Alioscha Fubrak. ¿Y cómo lo llamáis vosotros?

—Alí.

—Claro, Alí viene de Alioscha. Es el mismo.

—Es un hombre que no me caía simpático, pero tampoco me agrada que haya muerto. ¿Cómo ha sido?

—Ha muerto en mi apartamento, donde ahora estará el teniente Sherman. Le he dejado la llave en la puerta y me he venido hacia aquí para que no me molestara demasiado. Estará echando chispas, pero si me llega a encontrar en el apartamento, me lleva a su estación de policía y no me deja salir en muchas horas. No es que le caiga antipático al teniente, pero yo lo conozco bien.

—¿Es malo?

—No, solo concienzudo y muy paciente. Es un hombre que se pone a fumar su pipa y para él no corre el tiempo. En cambio, para mí siempre es precioso.

Last puso la mano sobre una pierna de Alice y esta se la quitó con suavidad pero firmemente.

—Cuidado, no vayas a correr tanto; puedes estrellarte.

—Alice, eres una chica extraña. No sé si tú eres diferente a las demás o las demás son distintas a ti.

—Lo que pasa es que tienes mucho sueño y desvarías.

—Puede ser, —Suspiró—. Espero que algún día pueda dormir en paz. Llevo muchas horas de sueño atrasado. Hoy que pensaba dormir a pierna suelta, ha aparecido ese rumano en mi apartamento para trastornarme la noche.

—No me digas que lo has matado tú…

—Ha habido un poco de pelea y se ha roto la cabeza contra el ventanal. No era esa mi intención.

—Pero, ¿qué hacía él en tu apartamento?

—Sólo quería meterme en el hospital para seis meses, es lo que dice esta orden que llevaba en el bolsillo junto con dos mitades de billetes de a mil dólares cada uno. Con razón dices tú que aceptaba trabajos especiales.

—¿Y quién le ha podido ordenar semejante bestialidad?

—Eso es lo que he venido a averiguar.

—¿Aquí, en mi casa? Oye, no, estarás pensando que he sido yo, ¿verdad? —inquirió furiosa poniéndose en pie de un brinco—. Te advierto que si quiero llevarte al hospital, con ponerte algo en la bebida tengo suficiente.

—Tú en la bebida me pones algo bueno siempre, sino te conociera… Estás enamorada de mí, no puedes negarlo.

—¿Queeé?

Alice quiso apartarse del hombre, pero este la retuvo por una mano y la atrajo hacia sí besándola.

—¡Canalla, me has dado tu palabra de que no te propasarías!

—Diablos, ya no me acordaba de eso. Debe ser el sueño —se excusó soltándola.

—Ahora te vas a marchar de aquí. Ya me has dado la noticia de la muerte de ese especialista y yo te he dicho quién es. Si no quieres toparte con el teniente Sherman, que más tarde o más temprano él topará contigo, tomas una habitación y duermes a pierna suelta que es lo que te está haciendo falta.

—Cariño, me voy, pero tú te vienes conmigo.

—¿Estás loco?

—No estoy loco, solo quiero averiguar algo.

—¿Sobre qué?

—Me interesan las máquinas de escribir que tenéis en la productora.

—Vamos Last, déjate de bromas.

—No es broma. Vístete, que nos vamos. Si voy contigo, el portero me dejará pasar y trabajaremos a gusto.

—¿Y por qué no esperas a mañana?

—Porque habrá mucha gente en la productora y no podré investigar como quiero.

—Last, no sé si echarme a reír o empezar a gritar.

—Vístete y no protestes por las situaciones extremas; te saldrían arrugas en los ojitos.

Alice emitió una especie de silbido en el que iban concentrados una serie de insultos que a duras penas logró contener en su garganta, pero, pasó a su alcoba y procedió a vestirse.

—No es necesario que cierres la puerta, no voy a volverme. Así podremos seguir hablando.

Alice suspiró pero le hizo caso, fiándose una vez más de la palabra del hombre.

—¿De qué hemos de hablar? —preguntó desde su habitación.

—De quién o quiénes podían tener amistad con Alí.

—Pues, todos podían tratarlo.

—¿Sabías que los actores y actrices están sometidos a cierto «racket» por un tal Sing-Sing?

—Algo había oído como rumor. A mí no me extorsiona, claro que gano poco.

—¿A quién has oído quejarse?

—A Sullivan, pero solo en contadas ocasiones.

—A Sterling Missouri y a Raquel Pinch también los extorsionan.

—Gracias a Dios que gano poco dinero, sino también sería víctima de esos maleantes. Lo que no comprendo es por qué no interviene la policía en todo este asunto.

—Descuida, que ahora intervendrá. La verdad es que las propias víctimas rehúyen a la policía porque todos tienen algo que ocultar y Sing-Sing lo sabe. Por otra parte, ese *gangster* conoce sus límites y no se propasa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella mientras seguía cambiándose de ropa.

—Verás, exige a sus víctimas una cantidad soportable y nunca los lleva a una situación límite que les haga rebelarse con él. Es un tipo astuto, de los que saben que ganando poco a la larga ganan más. Lo malo es que ha aparecido ese otro extorsionador que sí pone a sus víctimas en una situación límite.

—¿Cómo a Burt Adams?

—Sí. Ese tipo resulta muy peligroso, ha escogido ya una nueva víctima.

—¿Alguien más está amenazado?

—Sí, Raquel Pinch.

—¿Raquel Pinch? Caramba, Sullivan va a estirarse de los pelos.

—¿Por qué Sullivan?

—Porque cuando Raquel se pone nerviosa no da pie con bola, todo le sale mal. Por cierto, ¿tú no tenías una cita con ella?

—Sólo deseaba hacerle unas preguntas y ella me ha notificado que le exigen una respetable cantidad para evitar que le suceda lo mismo que a Burt Adams.

—El rodaje de esa película de monstruos y vampiros ha comenzado con mal pie.

—Creo que ni el guionista hubiera imaginado tanto misterio y delito como está ocurriendo en la realidad.

Ya saliendo de la alcoba, ataviada con una corta falda y jersey sobre su busto, Alice opinó:

—Empiezo a temer que deberemos desconfiar de todos, pues ese indeseable que arrojó el ácido a Burt Adams debe estar en la productora Ward Color Pictures.

—No lo dudes, cielo. Yo también tengo la intuición de que la productora es su lugar fijo de trabajo pero desea ganar dinero extra y muy rápidamente. Lo malo es que lo pagará muy caro.

Y añadió:

—No temo al futuro —dijo olímpicamente poniéndose ya en pie—. Por cierto, la pastilla anti sueño que me has hecho tragar me ha despejado bastante.

—Me alegro, pero pese a todo no voy a dejar que me mates conduciendo. Tomaré yo el volante.

—Magnífico, así podré recostar mi cabeza sobre tu dulce hombro.

—En ese caso, será cuestión de ponerme un broche con muchos pinchos en el hombro.

—¡Ah, cuánto darían otras por estar en tu lugar! —dijo con un suspiro de paciencia saliendo del apartamento mientras Alice cerraba la puerta del mismo.

CAPÍTULO IX

El «Ford-Cooper» de cinco litros y color blanco, efectuó una maniobra y taladró con sus potentes faros la gran reja metálica de la puerta que cerraba el recinto de la productora Ward Color Pictures.

El guardián salió por una puerta lateral y se aproximó al vehículo.

—Hola, Michael.

—Ah, es usted, señorita Alice. Buenas noches. ¿Se ha olvidado usted algo?

—No, solo vengo a dar un repaso a los decorados. Sullivan está muy nervioso y quiere rodar mañana, es decir dentro de unas horas y debe estar todo listo. —Señaló a su acompañante y añadió—: Va conmigo, es el inspector de la aseguración California Men Company donde la productora tiene sus pólizas.

—Bien, señorita Alice, puede pasar. Cuando desee salir solo tiene que acercar su coche y ya la veré.

—Gracias, Michael.

El guardián de turno franqueó la entrada y el coche se introdujo en el gran recinto de la productora dirigiéndose al parking situado ante las oficinas de dirección.

Cuando el automóvil se hubo detenido, Alice inquirió:

—¿Por dónde empezamos, señor sabueso?

—Por las máquinas de escribir. Quiero darles un repaso. Luego, investigaremos en el lugar donde ocurrió el percance a Burt Adams.

—Bien, pero te advierto que hay muchas máquinas de escribir en la productora.

—Empezaremos por las vuestras.

—¿Las nuestras?

—Sí, me refiero a las que tu equipo hace servir. Por cierto, aún no conozco al guionista de este filme.

—¿El guionista? Es un hombre sin relevancia, se llama Eatson y le han dado el trabajo de esta película por recomendación. Sólo ha sido una adaptación de un cuento de miedo del pasado siglo.

—Bien, luego me hablarás de ese Eatson.

—De acuerdo. En el despacho de Sullivan está el fichero con una copia de la documentación de todos los que trabajan en el filme, aunque seguramente estará cerrado con llave.

—Eso no es problema —observó Last saliendo del coche. Agradeciendo la suave brisa nocturna, proveniente del océano Pacífico, agregó—: Vamos primero al despacho de Sullivan, será bueno ver ese fichero.

Se encaminaron al despacho de dirección, situado al oeste del gran edificio que albergaba más de quince despachos, pues cada director y

equipo de trabajo que filmaba una película tenía su cuartel general propio, y muchas veces se rodaban más de diez al mismo tiempo.

De su bolso de mano, Alice extrajo un llavín que introdujo en la cerradura franqueando la entrada. Luego, encendió las luces.

—Veo aquí varias mesas escritorio con sendas máquinas de escribir.

—Pertenecen a las tres secretarias de Sullivan.

—El despacho siguiente, ¿de quién es?

—El mío y el que va después y que cierra el departamento pertenece a Sullivan.

—Vayamos directamente al de él.

—Como gustes. Ya que estamos metidos en esto, veamos qué puedes averiguar. Si no supiera que eres tan buen sabueso no habría hecho caso, aunque creo que no vas a encontrar nada importante aquí.

—Eso lo veremos.

Pasaron de una dependencia a otra hasta llegar al despacho de Sullivan, un despacho particular que solo duraba el tiempo del rodaje de un filme, pues luego tomaba posesión de él otro director, si es que al que allí estaba no se le ofrecía un nuevo contrato.

—Lo siento, está cerrada —objetó Alice tras intentar abrir la puerta, en su mayor parte de cristal.

—Déjame a mí, cielo. Voy a probar.

Sacó un pequeño juego de ganzúas y apenas manipuló medio minuto en la cerradura cuando la puertea se abrió.

Alice Hoe lo miró de reojo y opinó:

—Si alguna vez te falta trabajo, haciendo de caco ganarías la vida.

—A mí solo me agrada robar encantos como los que tú tienes.

—Pues eso te va a costar más que abrir una simple puerta.

—Descuida, tendré a punto la ganzúa apropiada.

Alice pasó al interior del despacho y abrió también las luces sin recelos, pues el guardián no habría de decirles nada.

—Veo que aquí también hay una máquina de escribir.

—Sí, lo mismo que en mi mesa.

—Bien, coge una hoja y escribe algo mientras yo me ocupo del fichero.

—No lo vayas a estropear —recomendó la joven.

—No temas, lo dejaré como antes de tocarlo. Soy muy experto con mis manos. Todo lo que toco queda mejor y más suave que antes.

Alice lo miró de reojo y se apartó de él encarándose con la máquina de escribir. Puso en ella una hoja en blanco y comenzó a teclear.

Last maniobró en la cerradura del archivo metálico, mucho más complicada que la de la puerta. Empleando ganzúas más pequeñas, consiguió abrirla. Luego, manejó las fichas con tranquilidad, sin temor a ser sorprendido.

—Aquí lo tengo. Eatson, escritor, autor del guion del filme todavía sin

nombre que se está rodando a las órdenes de Héctor Sullivan, basado en un cuento de etcétera, etcétera...

—Es un sujeto anodino que jamás llegará lejos.

—Sí, ya lo veo por la fotografía. Frente estrecha, cabeza pequeña y bastante calva, metro sesenta de estatura y sesenta y cinco kilos de peso. No es un Adonis, precisamente. Vive en un apartamento de Florida Street, el número ciento cuatro exactamente.

—Lo que no dice la ficha es que Eatson siempre está cargado de deudas.

—¿Mujeres? Si lo son, le costarán caras, porque con lo feo que es...

—Sí, a él no se le acercan gratis como a ti.

—Vamos Alice, eso son celos.

—¿Yo celos? ¡Hum! —Se encogió de hombros, manifestando indiferencia.

Last fue repasando todas las fichas correspondientes a Raquel Pinch, Sterling Missouri, Burt Adams y la propia Alice.

—Vaya, esta sí que tiene cara de culpable.

—¿Quién es? —inquirió la muchacha desde la mesa del director mientras escribía algunas palabras más en la cuartilla.

—Mide metro setenta, pesa sesenta y un kilos, cabello negro. No pone el busto pero yo diría... —mirando a Alice opinó—: Como noventa o noventa y cinco

—Last, deja de jugar como un niño —reprendió Alice al percatarse de que tenía su ficha en la mano—. Toma, creo que con que he escrito te bastará.

Last tomó la cuartilla y leyó atentamente.

—Podías haber buscado unos insultos más suaves contra mí. No merezco todo lo que has puesto aquí.

—Creí que solo ibas a fijarte en las letras de la máquina, no en lo que yo he escrito.

—Bien, bien. Nos fijaremos en las letras y pasaremos por alto los improperios, porque si los leo me da la impresión de que me odias y del odio al amor apasionado solo hay un paso.

—Es que yo no te odio, solo me eres indiferente.

Last no prestó atención a las últimas palabras de Alice, acababa de entregarse de lleno a la observación de la hoja escrita. Al fin exclamó:

—¡Diablos, si la máquina que busco es esta precisamente!

—¿Estás seguro? —inquirió Alice ahora vivamente interesada.

—No cabe duda. La «r» levemente torcida y la «l» algo rota.

—¿Insinúas que ha sido Sullivan?

—Quizá. Yo sospecho de todos, incluso de ti.

—No me digas...

—Dejémonos de bromas, Alice. ¿Quién más tiene acceso a esta máquina?

—La verdad es que mucha gente. Sullivan es un hombre algo descuidado y deja el despacho abierto, Quienes trabajan con él a veces lo esperan aquí dentro.

—Concreta quiénes pueden haber estado aquí.

—Eatson, el guionista.

—Sigue. Ya me ocuparé de ese sujeto cuando llegue el momento.

—Sterling Missouri, la propia Raquel Pinch, también entraba Burt Adams...

—Y por supuesto, el dueño de la máquina, Sullivan

—Sí, claro, él también y alguna otra persona más

—Bien, de momento ya hemos ganado algo, saber dónde ha sido escrito el encargo para enviarme al hospital. Por cierto, no hemos hablado nada de las secretarias de Sullivan. También ellas tendrán acceso a esta máquina.

—Son Margaret, Gladys y Sonya Taky.

—¿Sonya Taky? Creo haber oído antes ese nombre.

—Sí, hizo un filme del trópico, amor de un blanco con una hawaiana.

—¿Es polinésica?

—Sí, muy mona, ese fue todo su éxito, acompañado de muy poca ropa. Lo malo es que se acabó, aunque tuvo la suerte de conseguir un empleo de secretaria en la productora. Otras acaban peor.

—Y esa polinésica, ¿qué tal va de líos?

—Se le han conocido algunos, pero nada importante. Ha tratado de mostrar sus gracias a algunos actores de fama para ver si obtenía contratos junto a ellos, pero sin éxito. El propio Sterling Missouri se rio de ella.

—Bueno, yo de ella me reiría de él, lo que me temo es que la chica tiene mal ojo clínico y se fija en quien no debiera. Opino que Sterling Missouri es un tipo que solo se quiere a sí mismo.

—Sí, pero tiene la fama que la Taky ansia sin éxito. Hollywood está invadido por chicas hermosas con ganas locas de ser estrellas máximas del firmamento del celuloide y no se dan cuenta de que la belleza no basta. El sesenta por ciento de ellas se quedan en *starlets*

—¿Y el otro cuarenta?

—Soy una chica decente y no deseo decir adónde van a parar, claro que algunas se casan con pueblerinos que vienen a Hollywood deseosos de admirar a Natalie Wood, Raquel Wells y compañía, pero se llevan a una de esas aspirantes a estrellas con más méritos que otras según ellas. Luego, toda su vida le están reprochando al marido que si no se hubieran casado con él otra fortuna y otra fama les sonreirían.

—Comprendo, pero tú no quieres ser estrella de cine.

—No, yo no aspiro a tanto. Con un marido que me mantenga, me compre los vestidos de moda, me traiga el desayuno a la cama y lave los platos, me conformo.

—Caramba, tú pides ser más que una Elizabeth Taylor.

Alice se hizo la desentendida y mirando en derredor preguntó:

—¿Hay algo más que hacer aquí? ¿Piensas buscar huellas digitales?

—No, claro que no. En este lugar encontraría hasta las del monstruo de Frankestein. No obstante, mi visita ha sido lo bastante fructífera como para no lamentar el haber venido. Ahora cerraremos el archivo e iremos a ver ese palacete prefabricado que más parece la casa encantada.

—Sí, la casa de los vampiros. ¡Qué tonterías!

—Sí, ya vi que no te asustas por un espectro gorilesco más o menos.

—Y tú tampoco, ya que le has atizado a uno hasta matarlo.

—No era esa mi intención.

Last dejó el despacho igual que lo encontraron y en compañía de Alice abandonó las oficinas trasladándose ambos a la zona donde habían levantado el palacete para el rodaje del accidentado filme.

Todo estaba dispuesto para filmar escenas al día siguiente. Los focos y las cámaras aguardaban el momento de ser puestos en marcha.

—¿Qué piensas encontrar aquí?

—Sólo deseo dar un vistazo a la escena donde ocurrió el hecho. Todo sucedió muy rápido y quisiera ver las posibilidades de cada uno de los que aquí estaban para cometer el repugnante delito…

Pasaron al interior del palacete, sumido en la oscuridad más siniestra.

—¿Se puede encender la luz? —inquirió Last. —No, en el ochocientos no había luz eléctrica.

—¿Y los focos?

—Se encienden desde el cuadro electrónico y yo no sé cómo funciona.

Al descubrir uno de los candelabros, Last dijo:

—Yo llevo mechero y prenderé fuego a las bujías de un par de candelabros.

—Bien, creo que será lo mejor.

La luz de las velas dio un aspecto aun más fantasmagórico al interior del palacete en el que el decorador había recargado el morbo.

—La escena se rodaba aquí en el *hall.* Burt Adams apareció por una puerta secreta que debe existir junto a aquella pared, ¿es cierto?

—Sí —corroboró Alice.

—¿Dónde estaban los actores principales del filme? —Raquel Pinch, bajo los focos de la luz. Ella no pudo ser.

—¿Y Sterling Missouri?

—Había desaparecido de escena.

—Luego, él sí podía ser. Vamos ahora con Sullivan. Después de todo, desde el descubrimiento de la máquina de escribir, pasa a ser el primer sospechoso.

—Sullivan estaba atrás.

—En medio de la oscuridad, mezclado con electricistas, cámaras,

etcétera, ¿no?

—Sí.

—¿Pudo ausentarse apenas un par de minutos sir, que nadie lo notará?

—Es posible, ya que la ausencia era tan breve. Quedaría como que iba a comprobar la posición de Burt Adams.

—Sin embargo, no olvidemos que también pudo ser Alí u otra persona pagada por el extorsionador.

—Desde luego, y a nadie hubiera extrañado su presencia en los estudio, ya que siempre está metido en ellos. Creo que por este sistema no daremos con el culpable.

—No cuesta nada probar. —Hizo una pausa mientras lomaba uno de los candelabros y agregó—: Ahora, yo me voy a colocar en el lugar de Burt Adams y desde allí veré las posibilidades que tenían los demás para atacarle.

—¿Y yo qué hago?

—Quédate ahí. Me servirás como punto de referencia.

—De acuerdo.

Alice se quedó junto al otro candelabro encendido y Last se alejó.

Ella tuvo la impresión de que no estaban solos. Era una sensación que había experimentado en otras ocasiones y nunca le había fallado.

De pronto, se volvió al notar una respiración casi en su nuca. Descubrió a tres desconocidos.

Uno de ellos, más joven, de rostro cínico, vestido, de negro y con corbata blanca, la golpeó en el mentón fuertemente antes de que ella consiguiera gritar.

Alice Hoe se desplomó como un saco, pero no llegó a tocar el suelo. Entre los otros dos tipos se la llevaron en volandas mientras el de la corbata blanca empuñaba una pistola y miraba recelosamente hacia el pasadizo secreto por el que Last estaba investigando.

John Last observó las paredes del corto túnel construido en madera prensada sobre la que habían pegado papeles pintados representando piedras mohosas.

—Creo Alice que Burt Adams estaba encajado aquí dentro y no tenía escapatoria. Sin embargo, parece imposible que no pudiera reconocer a su atacante.

Last no obtuvo respuesta.

—¿Me oyes, Alice?

Siguió sin respuesta y con el candelabro en la mano pasó al *hall,* mirando de derecha a izquierda, extrañado por no descubrir a la muchacha.

—¡Alice! ¡Vamos Alice, deja de hacerte la graciosa y sal de tu escondite!

Escuchó el rumor de un automóvil al ponerse en marcha y aquello no le gustó.

Sin pensarlo, corrió hacia el exterior y pudo ver a lo lejos cómo un automóvil se dirigía a la salida cuya puerta estaba abierta de par en par.

En el suelo, pese a la distancia, y gracias a la luz de una farola, veíase un cuerpo humano.

—Es el guardián, no cabe duda.

Tuvo la certeza de que aquel automóvil se llevaba a Alice y corrió hacia el *parking* con toda la velocidad que le permitieron sus piernas.

Se introdujo en el «Ford-Cooper» y dio a la llave de contacto, más no pudo ponerlo en marcha.

—¡Maldita sea, lo han previsto todo, hasta estropearme el coche! —gruñó rabioso al ver que en aquel momento nada podía hacer por salvar a la muchacha.

CAPÍTULO X

Las manos de Raquel Pinch temblaban ligeramente al llevarse el cigarrillo a los labios. La estrella apenas podía contener sus nervios.

—Así, ¿ratifica el testamento que acaba de dictarme? —preguntó el abogado que llevaba sus asuntos.

—Sí, pero le ruego que lo mantenga en completo secreto hasta el día de mi muerte.

—Si es que esta llega —objetó el hombre sonriente—. Es usted muy joven.

—Nunca se sabe lo que puede ocurrir. Ha habido un hombre que me lo ha hecho comprender razonablemente.

—¿Y ha dado este paso gracias a sus reflexiones? —Sí.

El abogado suspiró de forma apenas perceptible.

—Es un caso difícil el de su hija, pero si usted quiere que luche por sacarla del orfanato, lo haré, aunque no le garantizo el éxito.

—Pues empiece a luchar ahora mismo. Sería para mí una gran alegría vivir al lado de mi hija.

—Lo intentaré.

—Guárdeme el secreto.

—De acuerdo. Ahora, firme al pie del testamento.

—¿Y los testigos?

—Por eso no se preocupe, nosotros nos encargaremos de todo. Aunque le sucediera algo al minuto después de firmar el documento, su voluntad sería cumplida tal como lo desea.

—Eso espero. Siempre he confiado en usted.

A continuación, extendió su firma al pie del documento.

Raquel Pinch llevaba un maletín negro, con cerradura reforzada, del que no parecía querer separarse ni siquiera soltar de su mano. Se dejó acompañar por el abogado hasta la puerta y se despidió de él.

En la calle la aguardaba su automóvil. Subió a él más nerviosa que antes, sin poder evitar mirar en derredor. Puso el auto en marcha, dejando junto a sus pies el maletín que no se atrevió a depositar sobre el asiento

El «Cadillac» de su propiedad la condujo hasta su chalet de Beverly Hills, cuya puerta franqueó su doncella.

—Tiene muy mala cara hoy —gruñó la criada.

—Vamos Agatha, déjame en paz y no seas pesada —replicó Raquel de mal talante.

—Le guardaré el maletín.

Nerviosa, Raquel tiró del maletín sorprendiendo a la fiel Agatha.

—Déjalo en paz. No te he dicho que lo toques.

—Está bien, está bien, no tocaré nada. Cada vez creo que sobro más en

esta casa.

—¡Agatha! —interpeló.

—¿Qué?

—Disculpa —pidió—. Estoy algo excitada. El rodaje de la película no va muy bien y después del accidente de Burt Adams...

Agatha, complacida por la disculpa, olvidó su rencor y sonrió.

—Le prepararé a la señorita algo para calmarle los nervios.

—Sí, será lo mejor —aceptó Raquel deseosa de congraciarse con la mujer que ya se había convertido en algo más que una simple criada.

Instintivamente, Raquel se acercó al gran espejo del cuarto de aseo se contempló en él.

Se acarició las mejillas y, en su imaginación, el rostro que veía en el cristal se fue transformando en una horrible carátula, tal como quedaría si el ácido quemaba su piel.

—¡No! —gritó sin poderse contener.

De un manotazo, hizo saltar una serie de tarros de crema que tenía sobre un estante de cristal.

El estrépito de la rotura fue grande y volvió a la actriz a la realidad.

—Señorita, ¿qué ha ocurrido? —inquirió Agatha apareciendo en el umbral del lavabo.

—No sé, no sé...

Agatha permaneció unos instante en silencio, mirando primero los frascos y luego a su patrona, cuyas manos temblaban.

—Creo que necesita un descanso más que nunca.

—Sí, sí, iré a un psiquiatra —respondió para no entrar en detalles con la doncella.

En aquel momento, sonó el timbre del teléfono privado.

—Voy a enviar al cuerno al que llama. No está usted para ser molestada —gruñó Agatha, dirigiéndose hacia el aparato.

—No, no, deja. Yo tomaré el teléfono.

Agatha se encogió de hombros y regresó al lavabo para limpiar el destrozo causado por los nervios de Raquel Pinch.

—¿Diga? —inquirió la fémina.

—Hola, Raquel Pinch. Supongo que sabe quién soy.

—¿Qué quiere ahora?

—Bien, bien, veo que me ha reconocido —comentó cínicamente la extraña voz al otro lado del hilo.

—Si prosigue con sus amenazas, irá a la cárcel para toda su vida —advirtió la mujer, no demasiado segura de sus palabras.

—Vamos Raquel Pinch, no se ponga nerviosa. Cien mil dólares no son para usted toda una vida de trabajo

—No se puede extorsionar a la gente como usted lo hace.

—¿Ah, no? ¿Y quién puede impedirlo, su amigo Last o la policía.

—¿Quién es usted?

—No pregunte demasiado, Raquel Pinch.

—¡No le daré nada! —espetó ella excitada.

—Absurdo. No querrá perder su belleza para convertirse en un ser que haya de esconderse para no inspirar horror, ¿verdad? Claro que, quizá la contratasen para una película de monstruos, pero no en papel de protagonista.

—Voy a colgar, no quiero oírlo más.

—No será tan tonta de hacerlo. Antes debe escucharme.

Raquel respiró agitada. Se sabía impotente contra aquel indeseable y por ello no se despegaba del teléfono.

—Con Burt Adams falló.

—Sí, todo fue gracias al maquillaje que llevaba. Fue un error por mi parte, no pensé en él, pero con usted si no me obedece, no cometeré ese error, ¿comprendido?

—Sí —asintió vencida.

—Entonces, vamos, Raquel Pinch, no me mienta. La tengo perfectamente controlada, sigo cada uno de sus pasos y sé que ha pasado por el Banco donde le ha dado mucho dinero en billetes pequeños. Luego, ha ido a visitar a su abogado, pero el dinero se lo ha llevado a su casa, es decir, lo tiene ahora en su poder y va a entregármelo inmediatamente.

—Es que no tengo todo el dinero —dijo vacilante

—No me cuente una historia, no me gustan. Ya son suficientemente malas las que dan por la televisión para que añada usted una más. Va a pagarme y no admito retrasos. No permitiré que usted misma se perjudique pidiendo ayuda a Last o a cualquier otro. Eso sería funesto para usted, Raquel Pinch.

—Le digo la verdad, solo he sacado cincuenta mil dólares en billetes pequeños. En el Banco no tenían más dinero pequeño. La semana próxima sacaré la otra parte y entonces le pagaré.

El hombre de la voz gutural vaciló y luego pareció tomar una decisión.

—Bien, entonces me dará ahora esos cincuenta mil dólares que llevaba en su maletín negro y la semana próxima me entregará el resto. Será como a plazos. Soy muy comprensivo, pero no dudaría en bautizarle el rostro con vitriolo, ¿me entiende?

—Considero que será preferible darle todo el dinero junto.

—No, no, he tomado una decisión. Ahora, una parte y en la semana próxima, la otra. Pórtese bien y yo haré otro tanto. Ah, la entrega la efectuará enseguida.

—Espere a que reúna la otra parte, le juro que le pagaré.

—He dicho que ahora mismo.

—¡Está bien! —suspiró.

—Y no se le ocurra avisar a nadie. Ya sabe que la tengo controlada.

—De acuerdo. ¿Qué he de hacer?

—Coger el dinero sin advertir a nadie. Tendré controlado su teléfono, de modo que si intenta algo lo sabré.

—No, no haré nada.

—Bien, coja su dinero como le he dicho y en su «Cadillac» abandone Beverly Hills por la carretera ciento once.

—¿Adónde he de ir?

—En la milla cuarenta y tres hay un camino polvoriento y abandonado que se interna hacia la costa.

—¿Y adónde va a parar?

—A una pequeña bahía. En ella, muy cerca de la playa, hay una roca en forma de pirámide.

—¿Y qué hago junto a esa roca solitaria?

—Esperar.

—¿A qué o a quién?

—Usted no se preocupe. Espera allí cuanto sea necesario. Nada le ocurrirá. Cuando le pidan el maletín, lo entrega *y se* marcha.

—Pero, ¿cómo sabré que es usted?

—Quien tome el maletín le dará una caracola de mar vacía a cambio. No diga nada. Entregue el dinero y márchese. De este modo no tendrá que arrepentirse de no haberme obedecido.

—Pero, y sí… —Raquel trató de preguntar algo más, pero al otro lado del hilo colgaron.

Nerviosa, colgó a su vez. Miró a un lado y a otro sin ver, no sabía qué actitud adoptar.

Luego, pasó al otro teléfono de línea normal y tras buscar la dirección que le diera Last llamó a la compañía aseguradora California Men.

—Oiga, oiga, ¿pueden ponerme con el señor Last? Es el detective de la compañía.

—¿De parte de quién? —inquirió la telefonista.

—De Pinch —dijo escuetamente.

—Un momento, por favor.

Raquel aguardó impaciente. Al ver que transcurrían los segundos sin respuesta insistió:

—Señorita… oiga, oiga, por favor.

—Señorita Pinch —interpeló la voz de la telefonista.

—Sí, sí, permanezco a la escucha.

—Lo lamento, pero el señor Last no está ahora en el edificio. Si quiere dejar algún recado…

—Dígale que vaya inmediatamente a casa de Pinch. Él ya está al corriente.

—Bien, tomo nota ¿Quiere darme su dirección, por favor?

—No, no es necesario, él ya la conoce. Pásele recado de lo que le he

dicho y muchas gracias.

Raquel tomó de la librería una botella de whisky que tenía medio escondida entre los libros. La destapó sin utilizar vaso alguno, tomó un sorbo muy largo, quizá demasiado largo, del fuerte licor que resbaló a borbotones por su garganta.

Se secó los labios y tapó la botella mientras una oleada de calor subía a sus mejillas.

Acto seguido, tomó una hoja y una pluma y escribió a Last una nota que introdujo en un sobre dirigido al detective privado.

—¡Agatha!

—Diga, señorita, diga —respondió acercándose.

—Toma este sobre.

—Hum, creo que la señorita ha bebido y mucho; huelo a alcohol —refunfuñó Agatha arrugando la nariz.

—Al diablo con las reconvenciones. No tengo tiempo para escucharte.

—Está bien, está bien, si desea estropearse más los nervios, usted misma.

—Cuando venga un hombre que se llama Last entrégale este sobre y dile que es urgente. Ahora, tengo que marcharme.

—Si me dice adónde va…

—No te digo nada. Tú aguarda aquí a que llegue ese hombre. Le entregas el sobre y asunto terminado.

—¿A qué hora regresará, por lo menos?

—Lo ignoro. Voy a tomar un poco el aire puro fuera de la ciudad.

Tomó el maletín y dando una ojeada a la botella de whisky, optó por cogerla también. Rebuscó en un cajón y tomó una pistola que ocultó bajo un pullover abandonando la casa.

El «Cadillac» salió de Los Ángeles por la carretera señalada a una buena velocidad. Raquel deseaba retrasar el encuentro con aquel indeseable al que por otra parte temía, pero sus nervios la obligaban a apretar el acelerador.

El lujoso automóvil enfiló por la carretera a una velocidad endiablada y recorrió las millas en breve tiempo.

Hizo rechinar los neumáticos sobre el asfalto al virar hacia el camino polvoriento que le habían indicado.

Se detuvo un instante y tomó otro sorbo de whisky.

Aquel camino que entre peñascos y árboles descendía hacia la playa, tendría algo más de dos millas.

Al fin, detuvo el coche junto a la arena. Miró en derredor y no descubrió a nadie.

—Qué solitario está esto —musitó.

Las olas batían leves, con suavidad. Era una mar casi llana.

Tuvo miedo y sus piernas se estremecieron. Se sintió desvalida, ella que

siempre se había visto rodeada de multitudes que admiraban su belleza, porque de su arte, hasta ella misma dudaba.

Para coger fuerzas, tomó más licor y un violento calor invadió su estómago.

Con una mano tomó el pullover con la pistola y en la otra, el maletín. Abandonó el auto y caminó por la arena dificultosamente, pues sus altos tacones se hundían en ella.

La roca de que le hablaran se elevaba allí, en medio de la arena, de un modo insultante. No cabía error.

Cuando llegó a la peña solitaria, muy próxima a las olas que batían suaves a pocos pasos de ella, Raquel Pinch la rodeó.

Miró a un lado y a otro, buscando la presencia del extorsionador, pero no vio nada. Aguardó unos minutos en pie, sin soltar el maletín, y acabó cansándose. Optó por sentarse en un reborde de la roca.

El tiempo fue escurriendo y ella excitándose más. Lamentó no haber cogido la botella de whisky mientras miraba una vez más hacia el camino por si bajaba por él el personaje que aguardaba. De pronto, escuchó unos ruidos extraños tras de sí que la sobresaltaron.

Al volverse, se asustó, pero recobró la calma al ver que no se trataba de ningún espectro marino.

Una mujer que vestía un bikini, hermosa y joven por la tersura de su piel bronceaba, acaba de surgir de las aguas provista de un equipo de submarinista.

La extraña fémina llevaba aletas en los pies y dos botellas de oxígeno en la espalda. Para no ser reconocida, ocultaba sus cabellos bajo un gorro de goma y casi tapaba su rostro con las gafas subacuáticas.

Alrededor de los ojos, se había pasado una crema oscura que aún la hacía más irreconocible. La boca también quedaba desfigurada, pues no se había sacado de ella la boquilla de respiración artificial.

La submarinista llevaba sus manos ocupadas. En la diestra, portaba una pistola metida en una bolsa de plástico muy holgada que no le impedía empuñar perfectamente el arma ni colocar el dedo sobre el gatillo. De este modo, la había preservado del agua.

En la otra mano, aparte de una bolsa de recio plástico para guardar el dinero, mostraba una caracola marina.

—¿Es usted quien va a recoger el dinero? —preguntó Raquel enfrentándosele.

La submarinista asintió con la cabeza. Luego, arrojó la caracola y señaló con el arma el pullover.

—¿Qué ocurre? —preguntó Raquel.

Pese a las aletas que calzaba, la desconocida se acercó a Raquel y cuando estuvo a su altura le golpeó el rostro con la mano armada.

Al caer la estrella al suelo, se descubrió la pistola que cogiera de su

casa. Trató de recuperarla, pero la desconocida le puso su pistola materialmente encima, amenazándola siempre sin quitarse la boquilla ni las gafas.

La fémina del bikini, que a no dudar era muy hermosa, recogió el revólver del suelo y lo arrojó al mar, dejando a Raquel indefensa. Luego, se inclinó sobre el maletín.

Al ser abierto, el maletín dio una pequeña explosión impulsando un gas contra el rostro de la submarinista. Esta, gracias a las gafas y a la respiración artificial, no cayó en la trampa, aunque sí se sobresaltó.

Raquel trató de aprovechar la confusión y abalanzándose contra la submarinista, con el empuje de su cuerpo, consiguió tumbarla de espaldas.

—¡Ahora sabré quién eres, lo sabré! —gritó excitada.

La aparecida del mar, limitada por el equipo que llevaba quedó boca arriba sin soltar su arma.

No pudo impedir que Raquel le arrancara las gafas y la boquilla, dejando su faz al descubierto.

—¡Sonya Taky! —exclamó Raquel al ver el rostro polinésico.

Pese a la oscura crema que cubría parte de él, había reconocido en el acto a una de las secretarias de Sullivan que, deseando llegar al estrellato, no lo había conseguido.

—¡Tú te lo has buscado!

Viéndose descubierta, la polinésica apoyó el cañón del arma que empuñaba sobre el cuerpo de Raquel Pinch y disparó tres veces consecutivas.

Raquel puso los ojos en blanco. Pareció faltarle la respiración y perdiendo sus fuerzas, se desplomó sobre su asesina la cual procuró desembarazarse pronto de ella apartándola a un lado.

Despreocupándose de su víctima, Sonya Taky vació el contenido del maletín repleto de billetes y los introdujo apresuradamente en el saco de plástico que cerró muy bien.

Tras colocarse los aditamentos correspondientes, se lanzó al mar desapareciendo en él tras el crimen cometido.

CAPÍTULO XI

La calle resultaba empinada, no demasiado, pero el desnivel debía tenerse en cuenta.

Oscurecía ya cuando una furgoneta, al parecer sin el freno puesto, comenzó a rodar marcha atrás, despacio pero en línea recta, hacia el muro en el que había un respiradero bajo y una alta ventana. Junto a ella, estaba la puerta del salón de billares.

Los transeúntes no dieron importancia a la furgoneta que seguía su avance hacia el salón de billares hasta que un muchacho vendedor de periódicos gritó:

—¡No lleva chófer!

La gente se apartó, ya que la furgoneta había incrementado su velocidad.

—¡Se va a estrellar! —exclamó un hombre.

Una mujer chilló y al fin el vehículo chocó contra el ventanal, el respiradero de los sótanos y el muro en sí. No obstante, el choque no fue estruendoso y la velocidad escasa había hecho que no resultara peligroso para los viandantes.

De súbito, estallaron algunas botellas de plástico que había en el interior de la furgoneta y se incendiaron en medio de una gran humareda.

Pronto, la furgoneta y el muro del salón de billares se vieron envueltos en llamas.

—¡Fuego, fuego! —gritaron en la calle.

Pronto se acumuló un gentío alrededor del aparentemente fortuito incendio, pero con precaución, pues nuevas botellas de plástico estallaban incendiándose a continuación.

Del interior del salón de billares salieron corriendo algunos jugadores y el sujeto que cuidaba de los mismos.

El fuego adquirió incremento, aumentando su humo.

La gente comenzó a toser con fuerza y a llorarles los ojos, optando la mayoría por apartarse de aquel lugar. Apenas tres minutos más tarde, pudieron escucharse las sirenas de los bomberos.

Los hombres de Sing-Sing abandonaron el local tosiendo y el viejo *gangster* se resistió a hacerlo hasta el último instante.

Cuando su tos se hizo excesivamente fuerte e incontenible, decidió salir y al escuchar las sirenas de los bomberos, en medio de la densa humareda, abandonó el tugurio.

Aquel producto inflamable producía un humo intenso que lo mismo hacía toser que lagrimear los ojos. El fuego había prendido ya al interior del salón y afuera, el público curioso había aumentado.

—¡Apártese! —ordenó un bombero apuntando con su potente manguera

hacia la ya carbonizada furgoneta.

Sing-Sing se mezcló con los espectadores cuando notó algo duro que se incrustaba en sus riñones.

—Si desea seguir viviendo, camine —ordenó una voz a su lado.

Pese a sus ojos llorosos, Sing-Sing miró y vio a un hombre desconocido, con gorra y bigote negro. Sin embargo, le dio la impresión de que le era familiar.

—¿Qué quiere?

—Agujerearle el estómago si no camina —le advirtió en voz baja para que solo él pudiera oírle.

Al sentirse empujado por lo que no le cabía duda era un arma empuñada por aquel sujeto que le coaccionaba, Sing-Sing prefirió obedecer.

—¿Adónde vamos?

—Mi coche está aquí cerca y con tanto espectáculo de humo y bomberos, nadie va a molestarnos.

Se detuvieron frente a un «Ford-Cooper» blanco.

—¿Adónde me lleva? —insistió Sing-Sing perdiendo las esperanzas de que alguno de sus secuaces acudiera en su ayuda.

—Póngase al volante, Sing-Sing, y sin bromas. Tiraré a matar y creo que desea llegar a centenario.

Ambos subieron al auto y ya dentro de él, el hombre del bigote se arrancó este y la gorra.

Al reconocerle, el *gangster* exclamó:

—¡Last!

—El mismo y no para servirle, Sing-Sing. Ponga el coche en marcha, rápido.

—¿Hacia dónde?

—Al lugar donde tiene a Alice.

—¿A Alice? Ignoro de qué me habla.

—El teniente Sherman no se preocupará demasiado si un viejo *gangster racketero* aparece con dos plomos en el estómago y la sociedad me agradecerá tan buena obra.

—Espere, Last, espere, le aseguro que se confunde…

—No me confundo. Si no pone el coche en marcha inmediatamente, disparo. Yo no soy de la policía y también sé jugar sucio si hace falta.

El *gangster* comenzó a sudar, pero optó por poner el coche en rodaje y salir del aparcamiento alejándose de la ciudad.

—Last, no sé de quién me habla.

—Yo sí. Alice es una chica estupenda, alta y muy trabajadora. Sus hombres tuvieron una idea desafortunada raptándola.

—Pero, ¿por qué iban a raptarla?

—Vamos, Sing-Sing, ¿se cree que me chupo el dedo? Usted quería tomar

represalias contra mí y pensando que yo era un hueso duro de roer, prefirió hacerme daño a través de otra persona. Usted o sus secuaces vieron que la chica iba conmigo y se la llevaron. Un mal asunto, porque en según qué situaciones soy muy frío y puedo apretar el gatillo sin preocuparme de nada, es decir, sí, de no dejar huellas.

—Yo no tengo a Alice.

—No insista, Sing-Sing. No va a hacerme creer que la han raptado otros, como por ejemplo el que echó vitriolo al rostro de Burt Adams. No, el tipo ese ya me envió un recado y fue mucho más directo.

—No entiendo.

—Me entenderá si le digo que fue a visitarme un gorila al que por cierto mandé al infierno. Si alguien raptaba a Alice debía tener una causa justificada y no la había. Alice no posee dinero ni sabía nada sobre el caso, solo que iba conmigo y servía para ser tomado como represalia, pero le advierto, Sing-Sing, que si la chica ha sufrido daño alguno, a usted va a dolerle demasiado y durante muy poco tiempo, porque lo mato.

El *gangster* sudaba. Hubiera preferido toparse con un policía, pues un investigador privado tenía muchas más libertades al actuar por su cuenta.

Pensó que Last era lo suficientemente listo para mandarlo al infierno y luego echar tierra al asunto y estaba seguro de que la policía se congratularía de su entierro,

—Está bien, solo ha sido una broma.

—Ya es un paso el que lo admita, pero nada de trucos. La pistola que llevo no se va a despegar de sus riñones y también sería una torpeza que hiciera un viraje extraño para que desviara mi puntería. Estoy bien entrenado para disparar desde cualquier situación, y tendrá todas las de perder.

—Bien, bien, le devolveremos a su chica y todos tranquilos —dijo el viejo, conciliador.

—Eso de tranquilos será si la chica está bien, porque de lo contrario todo irá muy mal. Usted será el primero en caer, porque no pienso separarme dé sus riñones.

—Pues vigile no se le vaya a disparar el arma.

—Por si acaso, le quitaré la suya, Sing-Sing; no se le fuera a ocurrir cometer una torpeza.

De la sobaquera de la axila, Last le quitó una «Browning» que se guardó en el bolsillo.

—Si le devolvemos a su chica sana y salva no se meterá con nosotros, ¿verdad? Sólo la habíamos raptado como un juego.

—Sí, como un juego para advertirme que era malo dar el soplo a la policía. A los tipos como usted los conozco bien. ¿Es que creía que después de revelarme que hacía *racket* a las personas protegidas por las pólizas de la California Men Company iba a dejarlo tranquilo y permanecer con los

brazos cruzados?

—Usted no perdía nada —reprochó Sing-Sing.

—Por eso no me metí de lleno en el asunto y dejé que el pacienzudo teniente Sherman interviniera. Vamos, ¿es que piensa que vamos a tolerar siempre que haya *racketeros* que mediante amenazas extorsionen a la gente y le quiten lo que ganan honradamente?

—Todas mis víctimas tienen asuntos sucios que ocultar.

—Lo imagino, por eso los ha escogido. De este modo no corre el peligro de que lo denuncien. Es usted listo, pero no tanto como cree, de lo contrario no me hubiera llamado para que le ayudara a quitar de en medio a su competidor.

—¿Y quién es mi competidor?

—Lo ignoro todavía, pero creo que no es una organización ni una pandilla de indeseables como la suya.

—¿Un solitario?

—Es posible, pero caerá.

—Está muy seguro de ello —gruñó mordaz.

—Yo siempre estoy seguro de todo y nunca he fallado un caso en el que me haya metido de lleno.

—Yo no le he hecho nada, Last, déjeme en paz. Cuando lo llamé solo quería ahorrarle cincuenta mil dólares a su compañía.

—No hay cuidado. Burt Adams no salió perjudicado del todo y ha sido innecesario abonar esa suma.

—Ese solitario puede resultar peligroso y yo puedo ayudarle a cazarlo.

—No necesito su ayuda, Sing-Sing. Puedo solo, lo mismo que manejarlo a usted ahora. Por cierto Sing-Sing, que el *racket* y luego el rapto son delitos muy penados. Hasta podría ir a la cámara de gas por el rapto de Alice Hoe si convencemos al fiscal federal de que acoja su caso a la ley de Lindbergh.

—¡No! —exclamó Sing-Sing asustado.

—Como verá, soy yo quien tiene la sartén por el mango.

—Pero yo aún tengo a la chica.

—¿Es una amenaza?

—Tómelo como guste, pero si usted me acorrala sabré defenderme.

—No se pase de listo, Sing-Sing. Lo mismo que se me ha ocurrido sacarlo de su guarida apartándolo de sus hombres con un poco de fuego y humo como a las ratas, puedo prepararle otras encerronas.

—Veremos qué dice si la chica sufre por su causa. Tres de mis muchachos están con ella y sobre todo uno de ellos, Rassy, resulta extremadamente frío y cínico. Además, en otras ocasiones me he dado cuenta de que es un sádico en potencia que disfruta con el daño del prójimo. Una chica en sus manos es una pera en dulce para su psicopatía.

—Espero que no haya comenzado a poner en práctica su sadismo por el

bien de todos, pues nadie podrá impedir los fuegos de artificio que armaré en pocos segundos.

—No soy culpable si Rassy ha empezado con ella.

—Veamos Sing-Sing, ¿cuáles han sido sus órdenes?

—Que la llevaran a una gasolinera abandonada. —¿Y luego?

—Debían retenerla hasta que les dijera algo.

—¿Y qué es ese algo?

—Bueno, solo pretendíamos disgustarle un poco a usted por haber dado el soplo a la policía.

—Comprendo, pero su orden de torturar a la chica no habrá sido dado aún, ¿verdad?

—No, pero Rassy es algo impaciente cuando se trata de hacer daño.

—Pues acelere, porque si ese discípulo suyo de Satanás ha tocado a la chica, no le van a librar de lo que pase.

Sing-Sing, resabiado en líos como aquel, sabía perfectamente que Last no dejaría de cumplir su amenaza. Sus palabras no eran simples bravuconadas, si no se deshacía de Last iba a pasarlo mal.

Se apartaron de la autopista general para introducirse, ya de noche, por una carretera semi abandonada por el gran rendimiento de la autopista nueva. Aquello era lo que había motivado el cierre de la gasolinera, pues había dejado de ser rentable.

—La gasolinera se ve ahí cerca. Detenga el coche, Sing-Sing, no quiero que nos vean llegar.

El *gangster* obedeció. No podía hacer otra cosa.

—Vamos, fuera —ordenó Last siempre empujándolo con su arma.

Sing-Sing abandonó el «Ford» y anduvo hacia la gasolinera, mientras pensaba que jamás en su vida se había encontrado en una situación tan comprometida como aquella, ni en los tiempos de Capone.

—Por lo visto, la chica ha resultado importante para ti y...

—Cierra la boca y camina —ordenó Last con voz dura.

La gasolinera, con su gran visera, aparecía solitaria y sumida en la oscuridad. No se veía a nadie por allí, ni luz alguna.

—Si me has engañado, te quedas aquí hasta que Satanás se te lleve. No creo que pasen muchos coches por esta carretera.

—Sí, sí, están aquí, por la parte de atrás.

—Rodeemos la gasolinera entonces.

Sin acercarse demasiado para no ser descubiertos, rodearon la gasolinera hasta llegar a una casucha de madera. Junto a ella había un coche aparcado que a Last le pareció identificar como el que escapara de la productora cinematográfica.

A través de las ventanas de la casa, escapaba luz. Era escasa y parecía brotar de una vela encendida, colocada sobre una botella probablemente.

—Acerquémonos con cuidado y no vayas a hacer ningún ruido para que

nos oigan o te envío al infierno, ¿comprendido?

—Sí, sí, pero ve con cuidado, no se te vaya a disparar la pistola.

—¡Andando…!

Se aproximaron a la casa, deteniéndose junto a la ventana. Last obligó al viejo a agacharse y él miró con cuidado para no ser descubierto.

En el interior de la casucha, que en su día debió ser la vivienda del dueño de la gasolinera, tres hombres jugaban al póker alrededor de una mesa iluminada por una bujía. Last observó con más atención y gruñó:

—No veo a Alice.

—La tendrán escondida o atada, pero ha de estar ahí —replicó Sing-Sing angustiado temiendo que el sadismo de Rassy se hubiera puesto en marcha antes de recibir la orden oportuna.

—Vamos a entrar en la casa y tú irás delante mío, veremos qué tal te portas. Si nada ha ocurrido, nada pasará, pero como le haya sucedido algo a Alice, vale más que empieces tus rezos, si es que te los enseñaron en tu niñez, porque quizá luego no tengas tiempo de pedir a Dios piedad para tu alma.

Sing-Sing comprendió que había cometido un error enfrentándose a aquel hombre llamado Last. Dos errores importantes había sufrido en su vida: El que le llevara a Sing-Sing y aquel, mucho más grande, de llenar de deseos de venganza el corazón del investigador.

Temía pagar muy caro aquel error si no lo remediaba a tiempo.

Empujado por la pistola, caminó hacia la puerta y al empujarla se dio cuenta de que estaba cerrada.

—Tendré que llamar.

—Hazlo, pero no me delates o despídete de este mundo.

Sing-Sing llamó a la puerta con cuidado y se apresuró a alzar la voz para que sus hombres no cometieran ningún tropiezo.

—Rassy, Mich, Woard, abrid. Soy yo, Sing-Sing.

Fue Woard quien abrió. Los tres *gangsters* quedaron un tanto extrañados por la arribada inesperada del jefe, del que no habían oído ni siquiera el coche.

—¿Qué sucede? —inquirió Rassy nada más franqueada la puerta, cuando Sing-Sing estaba en el umbral de la misma y tras él, la pistola empuñada por Last.

De pronto, Sing-Sing saltó hacia delante y tratando de esquivar las balas que pudieran venirle por la espalda gritó:

—¡Matadlo, es Last!

Los *gangsters,* todos ellos con armas bajo las axilas, empuñaron y dispararon hacia la puerta por dónde acababa de aparecer el alto Last.

Este no hizo fuego contra la espalda de Sing-Sing, pero sí lo cogió la chaqueta y tiró de él violentamente cuando las balas llovían sobre el investigador.

El viejo *gangster* encajó en su carne las balas de sus propios secuaces, que en realidad las habían dirigido al cuerpo de Last.

Este disparó contra Woard y Mich que se derrumbaron estrepitosamente. Sin embargo, la llama de la vela se apagó y no pudo ver a Rassy, el más peligroso de los hampones.

—¡Last! —gritó de pronto la voz inconfundible de Alice, que debía estar en una habitación anexa.

—¡No temas, Alice, voy por ti! —repuso Last tomando precauciones para que el asesino no descubriera su posición.

Se quedó quieto y entonces escuchó un ruido extraño. Era como si un líquido se vaciara de una botella.

—Voy a salir con la chica —advirtió Rassy de pronto—, y la he empapado de gasolina hasta los huesos. Si intenta algo, arderá como una antorcha. No me harán falta ni cerillas, con solo disparar junto a ella, el fogonazo de mi pistola prenderá el carburante. Verá a la bella Alice convertida en una llama. Por supuesto, si usted dispara también puede prenderle fuego.

—¡Last, Last! —sollozó la chica aterrada, oliendo la gasolina que empapaba su cuerpo y sus ropas.

—No temas, Alice, nada te pasará. Usted es Rassy, ¿me equivoco?

—Sí, soy Rassy. ¿Cómo me ha reconocido?

—Me han dicho que había un sádico demente y no podía ser otro que usted. Ahora dígame, ¿qué pretende? Si quiere huir, hágalo.

—No me fío. Huiré con la chica, pero antes tendrá que soltar su pistola, amigo. He visto cómo caían el *boss y* los otros dos, pero a mí no me sucederá lo mismo.

—De acuerdo, pero no ha de sucederle nada a la chica —dijo Last a sabiendas de que si se desarmaba aquel sádico los mataría a ambos para borrar las pruebas de todo lo sucedido allí.

—Tire la pistola al suelo, lejos de sí.

Last arrojó el arma que arrebatara a Sing-Sing y aguardó.

—Ya está.

—Ahora no se mueva. La chica y yo avanzaremos hacia la puerta. Cualquier truco que pueda intentar le costará caro a ella.

Rassy anduvo tirando del brazo de la asustada Alice. Al terminar, sin darse cuenta, se colocó a contraluz, pues si bien la claridad que penetraba por la ventana era muy escasa, sí resultaba suficiente para recortar la figura del *gangster*.

Last comprendió que aquella era su oportunidad para terminar con aquella situación. Si fallaba, se exponía a matar a Alice de una forma horrenda, pero se expuso confiando en su pulso.

Apuntó y disparó.

Rassy, alcanzado de lleno en el cráneo, no tuvo tiempo de reaccionar y

cayó de espaldas ya sin vida al tocar el suelo.

Alice profirió un grito y Last corrió a socorrerla.

—Calma cariño, calma, no tengas miedo. Esta pesadilla ha terminado.

—Estoy empapada de gasolina, puedo arder. Tengo miedo Last, tengo mucho miedo…

—Vamos, despójate de todas tus ropas y luego te pones mi chaqueta. Después de todo, no te quedará peor que una de esas minifaldas que lleváis ahora.

La joven obedeció, despojándose de toda la ropa sin rubor gracias a la oscuridad que les rodeaba y el miedo que sentía de pasar a ser una antorcha humana.

Cuando se hubo colocado la chaqueta varonil, que le quedaba algo grande, se sintió más tranquila.

—Last, Last, qué miedo he pasado y cuánto me he alegrado de tu llegada. Nunca imaginé que significaras tanto para mí.

Él la besó, dándole confianza. Luego, la empujó suavemente hacia el exterior.

—Vamos, cariño, hay que llegar hasta mi coche. He de hacer dos llamadas y una de ellas será para el teniente Sherman. He de comunicarle que tiene regalitos extras aquí.

Manteniéndola abrazada, la condujo hacia el exterior.

Ya fuera de la casa, la joven inquirió:

—Ellos no son los del vitriolo, ¿verdad?

—No. El caso de Sing-Sing ha terminado, pero queda el más serio y no hay que perder tiempo para resolverlo.

El cadáver de Raquel Pinch, bajo la luz de focos y linternas en aquella fresca madrugada junto a la playa, fue cubierto con una sábana tras ser colocada en una camilla.

—Este caso se ha complicado demasiado —gruñó el teniente Sherman.

Last y Alice Hoe, ya con un vestido, puesto apresuradamente sobre su cuerpo, se hallaban junto al oficial de la policía.

El detective observó:

—Cómo ve, teniente, colaboro con la policía.

—Sí, solo hace que decirme dónde puedo encontrar cadáveres. Vamos a nombrarle proveedor oficial del cementerio de Los Ángeles.

—Es lamentable lo de Raquel Pinch —suspiró Alice.

—Y aún tengo que ir a recoger los cuerpos de Sing-Sing y sus tres secuaces.

—Fue en defensa propia, no lo olvide, teniente —puntualizó Last.

—Sí, lo mismo que Alioscha Fubrak. Pudo esperarme en su apartamento, ¿no?

—Sí, podía haberlo hecho. La verdad es que necesitaba la cama para dormir, tengo un sueño que no sé cómo me mantengo en pie, pero tenía algunas cosas que me urgía solucionar.

—Bien, bien. Continuaré teniendo paciencia con usted pero como cometa algún tropiezo, lo encierro de por vida

—Vamos teniente, no será tanto. Lo que importa ahora es averiguar la identidad del asesino de Raquel Pinch. Hemos hallado el maletín del dinero vacío, a la mujer muerta y una «S» dibujada por Raquel en la arena con la mano mientras agonizaba, una letra que apenas pudo concluir.

—Sí, esa infeliz ha querido darnos le nombre de su homicida. Puede ser Sterling Missouri, su *partenaire* en la película.

—O Sullivan, el director. Ambos nombres empiezan con «S».

—Y Sing-Sing —añadió el teniente Sherman.

—No, él no. También tenía miedo a ese asesino que, a juzgar por las huellas, ha salido del mar y ha vuelto a él con los billetes de Raquel Pinch.

—Quizá no quisiera matarla y hubo pelea —insinuó Alice.

—Es lo más probable —corroboró Last—. Raquel estaría nerviosa. La botella de whisky que hemos encontrado en su auto y la carta que me dejó escrita y que nos ha guiado hasta aquí, evidenciaban mucho nerviosismo y también lo que nos ha explicado su doncella.

—Sí, lo admito. Ha querido repeler al asesino, ha luchado y el asesino la ha matado. Debemos encontrar a ese hombre, Last. —A regañadientes, Sherman añadió—: Me agradaría conservar su colaboración hasta el final del caso, Last, porque su compañía ahora va a tener que pagar mucho

dinero por la muerte de Raquel Pinch y el fin del rodaje de la película que con tanto incidente ha quedado interrumpida.

—No lo dude. El director de la California, Monagan, estará dando botes, pero sería bueno que mantuviéramos en secreto la muerte de Raquel Pinch, al menos durante doce o veinticuatro horas.

El teniente arrugó el entrecejo e inquirió:

—¿Con qué fin?

—Sorprender al asesino. Creo que podré encontrarlo.

—¿Cómo? —inquirió el oficial de la policía.

—Eso se lo explicaré cuando lo detenga.

—Entonces, investigaremos. Hay dos principales sospechosos: Sterling Missouri y Sullivan. ¿Cuál quiere investigar usted y cuál me deja a mí?

—Yo me encargaré de Sullivan, si le parece.

—De acuerdo y yo me ocuparé de ese actor. Nada de trucos, ¿eh? El que averigüe algo que avise al otro.

—Correcto, teniente, trabajaremos en unión. Será mejor para ambos porque si se mantiene el silencio de lo ocurrido, creo que podremos atrapar al asesino hoy mismo.

—¡Muchachos! —interpeló el oficial a sus hombres que no tardaron en rodearle—. Este caso es secreto hasta dentro de unas horas. No lo olviden, riguroso secreto. Al que diga una sola palabra del hallazgo de este cadáver se le declarará cesante en sus funciones como agente de la ley.

Todos asintieron y se pusieron en marcha hacia Los Ángeles.

—Lástima que calzara aletas de goma —se quejó Alice—. Por ellas no se puede identificar nada, ¿verdad?

—No —respondió Last—, pero yo sé cómo atrapar al asesino. Después de todo, yo le entregué el maletín negro a Raquel para cuando llegara el caso, pues le aconsejé que pagara para poder atrapar al extorsionador.

—¿Y qué sucede con ese maletín?

—Descuida, que tú, también lo sabrás en el momento oportuno.

—El día ya clarea —observó la muchacha—. Una noche sin dormir y el miedo más grande de mi vida ya han quedado atrás.

Last suspiró.

—No me hables de dormir, que me caigo de sueño. Creo que si no tuviera tanto quehacer me tendería aquí mismo en la playa y me pondría a dormir.

—La verdad es que yo también empiezo a tener sueño y fuerte —advirtió Alice—. No obstante, hoy iré a visitar a Burt Adams. Se lo prometí. El pobre estará solo en la policlínica y le dije que le informaría de cuanto sucediera con el filme. Para él es muy importante el cine. No está en el estrellato precisamente y quizá no encuentre más contratos.

—A lo mejor te equivocas —objetó el hombre—. Con la publicidad que le ha proporcionado este caso, puede que tenga más contratos entre los

cuales escoger. —Hizo una pausa y abriendo la portezuela de su «Ford-Cooper» añadió—: Ahora iremos a tomar un buen desayuno con ración doble de fuerte café para despejarnos.

—Yo llevo pastillas anti sueño, las he recogido al cambiarme de vestido.

—Bien, nos tomaremos un par de pastillas cada uno y después Dios dirá.

Desayunaron tal como prometiera Last y luego este dejó a Alice en la policlínica, marchando él seguidamente hacia la productora cinematográfica donde todo seguiría igual al desconocerse todavía la muerte de Raquel Pinch.

En la productora no estaba el guardián que resultara atacado en el rapto de Alice. Todo seguía normal allí dentro.

Tablones arriba y abajo, los figurantes con sus distintos trajes esperando el momento de intervenir, los maquilladores disponiendo sus tenderetes, etcétera.

Last detuvo el coche en el parking. Antes de salir, abrió la guantera sacando de ella un par de gafas, aparentemente idénticas. Escogió unas de ellas que se colocó ante los ojos.

Sus pasos le condujeron al departamento de Sullivan.

La puerta estaba abierta. Entró en los despachos y vio a las tres secretarias de que le hablara Alice, frente a sus máquinas de escribir y tecleando con toda normalidad.

El despacho de Alice se hallaba vacío y a través de las cristaleras vio que el de Sullivan también.

—¿Busca a alguien? —preguntó una de las secretarias.

—Sí, al señor Sullivan.

—Está ultimando los detalles para el rodaje de unas escenas en el palacete —le dijo la chica.

—Ya —aceptó Last pensando que aquellas escenas ya no iban a rodarse por falta de la protagonista.

Al girarse, quedó quieto, como si acabaran de asestarle un puñetazo.

Con sus gafas especiales, capaces de captar las emanaciones ultravioleta, vio el rostro de la hermosa polinésica que parecía absorta en su trabajo de mecanografiar parte del guion cinematográfico.

De la quijada, el cuello y la parte superior del busto de la mujer, escapaban emanaciones ultravioletas que ella era incapaz de advertir, pues ni una señal aparente había en su cuerpo.

Last se apartó las gafas de los ojos y escrutó a la chica con más atención.

Aquellas manchas de ultravioleta solo podían haber sido producidas por el cartucho que él dispusiera en el interior del maletín que entregó a Raquel Pinch.

Además, por la posición de las manchas, no cabía duda de que había llevado el rostro protegido al estallar el cartucho, ¿protegido con qué?

«Con las gafas subacuáticas y la boquilla de respiración artificial», se respondió a sí mismo tras el sorpresivo hallazgo.

Esperaba encontrar a alguien con las manchas ultravioletas, pero no suponía que ese alguien fuera Sonya Taky, la hermosa isleña.

—Está bien, iré a buscarlo al palacete.

Sin decir más, abandonó las oficinas, pero en lugar de dirigirse al plato se encaminó a uno de los teléfonos públicos diseminados por el recinto de la productora y que eran accionados con monedas para que no se cometieran abusos con las llamadas.

—Póngame con el despacho de Sullivan —pidió a la telefonista.

—Un momento, por favor.

Otra voz femenina respondió al poco:

—Aquí el despacho del señor Sullivan.

—Quisiera hablar con la señorita Sonya, por favor —pidió.

—Aguarde un momento.

No tardó en escuchar la voz melosa de la polinésica.

—¿Quién llama?

—Un amigo que solo quiere su parte.

—¿De qué parte me está hablando?

—Lo sé todo. Quiero veinticinco mil dólares por el silencio.

—No sé de qué me habla. Voy a colgarle —dijo nerviosa, procurando que sus palabras no fueran captadas por sus compañeros de oficina.

—Veinticinco mil dólares y me olvidaré de algo que ha quedado en la playa, agujereado con tres plomos.

—Pero, ¿qué es lo que ha visto?

—¿No lo imagina? Por cierto, ¿dónde ha guardado todo el contenido de aquel maletín negro que llevaba ella?

—Oiga, ¿dónde podemos vernos?

—Veo que le interesa llegar a un acuerdo, ¿no es cierto? —interrogó dando un matiz de cinismo a sus palabras.

—Me interesa su silencio, eso es todo.

—En ese caso, yo la volveré a llamar para ponemos de acuerdo sobre la forma de pagarme. Quizá no sea tan ingeniosa como la suya de brotar del mar, pero creo que será efectiva para ambos.

Tras estas palabras, John Last colgó el auricular y abandonó la cabina dirigiéndose a su coche desde el que podía controlar los despachos en que trabajaba la bella Sonya Taky.

No tardó en aparecer la isleña que, con gesto nervioso, miró a un lado y a otro. Por último, se dirigió al parking,

Last se escurrió ligeramente en el asiento frente al volante para pasar desapercibido y no fue visto por la fémina.

Sonya Taky subió a su coche, un «Chrysler» azulado algo pasado de moda, y abandonó el recinto de la productora.

Last la siguió a una distancia prudencial para no ser descubierto, habiendo cambiado ya sus gafas por otras normales.

La siguió por la ciudad sin dificultades. Sonya conducía inquieta, pero no recelaba ser seguida.

Al fin, la hermosa polinésica aparcó cerca de la policlínica donde se hallaba internado Burt Adams. Last frunció el ceño.

Antes de entrar en el edificio, la polinésica miró a un lado y a otro. Last aguardó, siguiéndola poco después.

—¡Last!

Al sentirse interpelado, se volvió descubriendo a Alice junto a sí.

—Hola, cariño.

—¿Has venido a recogerme? Ya he terminado con Burt Adams.

—Pues yo no.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que he dado con la clave del asunto.

—No te entiendo.

—Vas a entenderme pronto. Anda, acompáñame enseguida a la habitación de Adams.

—Pero, si acabo de salir de ella y está bien...

—Acompáñame, rápido. No hay tiempo para charlar.

Alice se encogió de hombros y obedeció. Lo cierto es que cada vez se sentía más atraída por el intrépido investigador.

Al llegar frente a la habitación, vieron que estaba cerrada aunque de ella salían voces.

—Será mejor que apliquemos la oreja a la puerta. Debe ser muy interesante lo que están charlando ahí dentro.

—¿Por qué?

—Sonya Taky está con Burt Adams.

—Yo no la he visto.

—Ella ya habrá procurado que tú no la vieras entrar. Al parecer, Sonya Taky y Burt Adams son grandes amigos, quizá más que amigos. Pensaban hacerse ricos en colaboración.

—Cada vez te entiendo menos.

—Creo que Adams es quien organiza las cosas y ella le secunda en todo. Sonya ha asesinado a Raquel Pinch.

—¡No puede ser! —exclamó Alice incrédula.

—Sí puede ser. Está manchada con ultravioleta que puede detectarse con gafas especiales. Es una trampa que utiliza mucho el F.B.I., y que yo puse en el maletín sin que nadie lo supiera.

—A ver, a ver... —Y apoyó su oreja en la puerta.

—Están discutiendo.

—No se oye muy claro —objetó Alice.

—Será mejor que terminemos esto de una forma drástica. Él ha de tener

teléfono en su habitación y con línea directa a la calle.

—Sí, es cierto. Yo misma lo he utilizado antes para llamar a Sullivan.

—Me lo suponía. Con ese teléfono amenazó a Raquel Pinch y le dijo donde tenía que pagar.

—Pero Raquel hubiera reconocido su voz.

—Si no se hubiera tapado la boca con el embozo de la sábana, sí. Ese hombre es muy astuto, Alice. Él mismo tuvo el valor de echarse el vitriolo al rostro habiéndose maquillado fuertemente con anterioridad para no resultar dañado por el ácido y los ojos debió protegérselos con algún plástico. De este modo, nos engañó a todos. Nadie podía pensar que la propia víctima era el culpable.

—Pero, ¿por qué lo hizo? Estoy segura de que no quería cobrar el seguro de la compañía.

—Con lo que hizo, causó un efecto de terror que es lo que deseaba. Se libraba de sospechas posteriores y al mismo tiempo mostraba de una forma gráfica lo que podía ocurrir al que se negara a pagar. Los cincuenta mil dólares de la póliza del seguro resultaban poco para la pareja Burt and Sonya. A Raquel Pinch ya le habían pedido cien mil dólares y a Sterling Missouri le pedirían otro tanto. Habían encontrado su gallina de los huevos de oro.

Last, terminada su explicación, empujó el pomo de la puerta.

Sonya y Burt estaban encarados entre sí, discutiendo, pero callaron al ver a la pareja irrumpir en la estancia.

Burt Adams gruñó de mal talante:

—¿Qué pasa? ¿No podían llamar antes de entrar?

—No, no podíamos. Necesitamos su teléfono, Adams.

—¿Para qué? ¿No pueden llamar desde otro?

—No. Vamos Alice, llama al teniente Sherman de la policía y dile que le esperamos aquí para que haga la detención más sorprendente que haya imaginado. Sonya Taky y Burt Adams, los nuevos extorsionadores de Hollywood.

—¡Está loco! —exclamó Adams.

—No estoy loco. Ella me lo ha dicho. —Y señaló a Sonya.

Con aquella acusación, Last trataba de escindir a la pareja y ponerlos en contra para que ambos se delataran. Lo que no imaginó es que Burt Adams había sido provisto por la propia Sonya de una pistola que guardaba dentro de la cama y que empuñó rápidamente.

—¡Maldita seas, Sonya!

—¡Yo no he sido!

Last se lanzó contra el lecho del maquiavélico Adams, torciéndole la mano.

Sin embargo, no logró evitar el disparo contra Sonya, la cual, con el proyectil entre las costillas, cayó sobre la butaca en la que quedó tendida.

Last golpeó sin preocupaciones el rostro de aquel indeseable hasta noquearlo.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —inquirió uno de los médicos que irrumpieron en la habitación.

—Pronto, salven a esa mujer. Quizá tenga probabilidades de entrar en la cámara de gas con perfecta salud física.

Los médicos observaron a la polinésica y diagnosticaron:

—Sí, aún puede ser salvada. Parece que el proyectil solo le ha interesado el pulmón. Vamos a llevarla al quirófano.

Mientras, Alice Hoe telefoneaba al teniente Sherman, quien se apresuraría en llegar a la clínica, satisfecho de que el caso hubiera llegado a su fin.

—Last, creo que a tu lado se ha de llevar siempre una vida muy agitada —suspiró Alice acercándosele.

Él la besó sin importarle las enfermeras que había delante. Luego preguntó:

—¿Te gustaría ser la ajetreada esposa del investigador Last?

Alice reclinó la cabeza sobre el tórax masculino y apenas sin voz asintió:

—Sí, creo que sí, pero me siento tan cansada… Me temo que las pastillas anti sueño han terminado su efecto y llevo tantas horas sin dormir que… —Y bostezó largamente.

—Diablos, creí que era yo solo quien tenía sueño.

Alice Hoe fue doblando sus rodillas y el hombre tuvo que tomarla en brazos.

Miró a la enfermera que tenía más cerca, una solterona de expresión adusta, e inquirió:

—¿Tiene una cama, por favor?

—¿Están casados? —preguntó la mujer agriamente.

—No, todavía no.

—Pues lo siento, aquí no se permiten ciertas inmoralidades. Cásense antes.

F I N

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS. Impreso en España